CONSTITUCIÓN APOSTÓLICA DE PAPA PÍO XII El Dios más generoso DEFINIENDO EL DOGMA DE LA ASUNCIÓN 1 de noviembre de 1950

Nota: Este PDF contiene la traducción de la presente Constitución Apostólica que declara el Dogma de la Asunción al Cielo en cuerpo y alma de la Santísima Virgen Maria en idioma Español, a continuación en Latín, en Inglés y en Portugués.



APOSTOLIC CONSTITUTION OF POPE PIUS XII MUNIFICENTISSIMUS DEUS DEFINING THE DOGMA OF THE ASSUMPTION November 1, 1950

Link al documento original en la página web del Vaticano:
https: // www.vatican.va/content/pius-xii/en/apost_constitutions/documents/hf_p-xii_apc_19501101_munificentissimus-deus.html

1. El Dios bondadoso y omnipotente, cuyo plan providencial se basa en la sabiduría y en la caridad, modera, en el secreto designio de su mente, las tristezas de los pueblos y de los hombres individuales mediante las alegrías que interpone de tiempo en tiempo en sus vidas, de modo que, en diversas circunstancias y de diversos modos, todo coopere para el bien de quienes lo aman.(1)

2. Ahora, como en la época actual, nuestro pontificado se ve abrumado por muchas preocupaciones, inquietudes y angustias, a causa de las gravísimas calamidades sucedidas y del hecho de que muchos se han alejado de la verdad y de la virtud. Sin embargo, nos consuela mucho ver que, mientras se profesa pública y vigorosamente la fe católica, la piedad hacia la Virgen Madre de Dios florece y se hace cada día más fervorosa, y que casi en todas partes de la tierra da indicios de una vida mejor y más santa. Así, mientras la Santísima Virgen cumple con el más afectuoso cuidado de sus deberes maternales en favor de los redimidos por la sangre de Cristo, las mentes y los corazones de sus hijos se van estimulando vigorosamente a una consideración más asidua de sus prerrogativas.

3. En realidad Dios, que desde toda la eternidad mira a María con un afecto muy favorable y único, "cuando llegó la plenitud de los tiempos"(2) puso en práctica el plan de su providencia de tal manera que todos los privilegios y prerrogativas que tenía que le había concedido en su soberana generosidad brillaran en ella en una especie de perfecta armonía. Y, aunque la Iglesia siempre ha reconocido esta generosidad suprema y la perfecta armonía de las gracias y las ha estudiado cada vez más a lo largo de los siglos, todavía es en nuestra época que el privilegio de la Asunción corporal al cielo de María , la Virgen Madre de Dios, ciertamente ha brillado con mayor claridad.

4. Ese privilegio ha brillado con nuevos resplandores desde que nuestro predecesor de memoria inmortal, Pío IX, proclamó solemnemente el dogma de la amorosa Madre de la Inmaculada Concepción de Dios. Estos dos privilegios están estrechamente vinculados entre sí. Cristo venció el pecado y la muerte por su propia muerte, y quien por el Bautismo ha nacido de nuevo de manera sobrenatural, ha vencido el pecado y la muerte por el mismo Cristo. Sin embargo, según la regla general, Dios no quiere conceder a los justos el pleno efecto de la victoria sobre la muerte hasta que llegue el fin de los tiempos. Y así es como incluso los

cuerpos de los justos se corrompen después de la muerte, y sólo en el último día se unirán, cada uno a su propia alma gloriosa.

5. Ahora bien, Dios ha querido que la bienaventurada Virgen María quede exenta de esta regla general. Ella, por un privilegio enteramente único, venció completamente al pecado por su Inmaculada Concepción, y como resultado no estuvo sujeta a la ley de permanecer en la corrupción del sepulcro, y no tuvo que esperar hasta el fin de los tiempos para la redención de su cuerpo.

6. Así, cuando se proclamó solemnemente que María, la Virgen Madre de Dios, estaba desde el principio libre de la mancha del pecado original, las mentes de los fieles se llenaron de una esperanza más fuerte de que pronto llegaría el día en que la El dogma de la Asunción corporal de la Virgen María al cielo también sería definido por la suprema autoridad docente de la Iglesia.

7. En realidad, se vio que no sólo algunos católicos individuales, sino también aquellos que podían hablar en nombre de naciones o provincias eclesiásticas, e incluso un número considerable de los Padres del Concilio Vaticano, solicitaban urgentemente a la Sede Apostólica en este sentido.

8. A lo largo del tiempo tales postulaciones y peticiones no disminuyeron, sino que crecieron continuamente en número y urgencia. Por esta causa hubo piadosas cruzadas de oración. Muchos teólogos destacados llevaron a cabo con entusiasmo y celo investigaciones sobre este tema, ya sea en privado o en instituciones eclesiásticas públicas y en otras escuelas donde se enseñan las disciplinas sagradas. En muchas partes del mundo católico se han celebrado Congresos Marianos, tanto de alcance nacional como internacional. Estos estudios e investigaciones han puesto de relieve aún más claramente el hecho de que el dogma de la asunción de la Virgen María al cielo está contenido en el depósito de la fe cristiana confiado a la Iglesia. Han dado lugar a muchas más peticiones, rogando e instando a la Sede Apostólica a que esta verdad sea solemnemente definida.

9. En este piadoso esfuerzo, los fieles se han asociado de manera maravillosa con sus propios santos obispos, que han enviado peticiones de este tipo, verdaderamente notables en número, a esta Sede del

Beato Pedro. Por eso, cuando fuimos elevados al trono del supremo pontificado, peticiones de este tipo ya habían sido dirigidas por miles de todas partes del mundo y de todas las clases sociales, desde nuestros amados hijos los Cardenales del Sagrado Colegio, desde a nuestros venerados hermanos arzobispos y obispos, de las diócesis y de las parroquias.

10. En consecuencia, mientras enviamos fervientes oraciones a Dios para que concediera a nuestra mente la luz del Espíritu Santo, para permitirnos tomar una decisión sobre este tema tan grave, dictamos órdenes especiales en las que ordenábamos que, por esfuerzo colectivo, se deberían iniciar investigaciones más avanzadas sobre este asunto y que, mientras tanto, todas las peticiones sobre la Asunción de la Santísima Virgen María al cielo que habían sido enviadas a esta Sede Apostólica desde los tiempos de Pío IX, nuestro predecesor de Los recuerdos felices, hasta nuestros días, deben ser reunidos y evaluados cuidadosamente.(3)

11. Y como se trataba de un asunto de tanta importancia y trascendencia, nos pareció oportuno pedir directamente y con autoridad a todos nuestros venerables hermanos en el episcopado que cada uno de ellos nos hiciera saber su parecer mediante una declaración formal. Por eso, el 1 de mayo de 1946, les entregamos nuestra carta "Deiparae Virginis Mariae", en la que se contienen estas palabras: "¿Venerables hermanos, con vuestra extraordinaria sabiduría y prudencia, juzgáis que la Asunción corporal de la Santísima Virgen puede ser propuesta y definida como dogma de fe? ¿Lo deseáis vosotros, con vuestro clero y con vuestro pueblo?"

12. Pero aquellos a quienes «el Espíritu Santo ha puesto como obispos para gobernar la Iglesia de Dios» (4) dieron una respuesta afirmativa casi unánime a ambas preguntas. Este "excelente acuerdo de los prelados católicos y de los fieles",(5) afirmando que la Asunción corporal de la Madre de Dios al cielo puede ser definida como dogma de fe, ya que nos muestra la enseñanza concordante de la autoridad doctrinal ordinaria de la Iglesia y la fe concordante del pueblo cristiano, que la misma autoridad doctrinal sostiene y dirige, así por sí mismo y de modo enteramente cierto e infalible, manifiesta este privilegio como verdad revelada por Dios y contenida en aquel depósito divino que Cristo ha entregado a su Esposa para que sea custodiado fielmente y enseñado

infaliblemente.(6) Ciertamente este magisterio de la Iglesia, no por ningún esfuerzo meramente humano, sino bajo la protección del Espíritu de Verdad,(7) y por tanto absolutamente sin error, cumple el cometido que le fue encomendado, es decir, el de conservar puras e íntegras las verdades reveladas a lo largo de todos los siglos, de tal modo que las presente inmaculadas, sin añadir nada a ellas ni quitar nada a ellas. En efecto, como enseña el Concilio Vaticano, «el Espíritu Santo no fue prometido a los sucesores de Pedro para que, por revelación suya, manifestasen una doctrina nueva, sino para que, con su asistencia, custodiasen como sagrada y propusiesen fielmente la revelación dada por los Apóstoles, o sea, el depósito de la fe»(8). Así, pues, del acuerdo universal del Magisterio ordinario de la Iglesia tenemos una prueba cierta y firme de que la Asunción corporal de la Bienaventurada Virgen María al cielo -que ciertamente ninguna facultad de la mente humana podría conocer con sus propias fuerzas naturales, por lo que se refiere a la glorificación celestial del cuerpo virginal de la amantísima Madre de Dios- es una verdad revelada por Dios y, por consiguiente, algo que todos los hijos de la Iglesia deben creer firme y fielmente. En efecto, como afirma el Concilio Vaticano, «se deben creer con fe divina y católica todas aquellas cosas contenidas en la Palabra de Dios escrita o en la Tradición, y que la Iglesia propone, sea en el juicio solemne, sea en el magisterio ordinario y universal, como verdades divinamente reveladas que deben ser creídas».(9)

13. Diversos testimonios, indicaciones y signos de esta creencia común de la Iglesia se manifiestan desde tiempos remotos a lo largo de los siglos; y esta misma creencia se manifiesta más claramente de día en día.

14. Los fieles de Cristo, por la enseñanza y la guía de sus pastores, han aprendido de los libros sagrados que la Virgen María, a lo largo de su peregrinación terrena, llevó una vida agitada por preocupaciones, penalidades y dolores, y que, además, se realizó lo que había predicho el santo anciano Simeón, es decir, que una espada terriblemente aguda le atravesó el corazón cuando estaba bajo la cruz de su divino Hijo, nuestro Redentor. Del mismo modo, no fue difícil para ellos admitir que la gran Madre de Dios, como su Hijo Unigénito, había realmente pasado de esta vida. Pero esto de ninguna manera les impidió creer y profesar abiertamente que su sagrado cuerpo nunca había estado sujeto a la corrupción del sepulcro, y que el augusto tabernáculo del Verbo divino nunca había sido reducido a polvo y cenizas. En efecto, iluminados por la gracia divina y movidos por el afecto a ella, Madre de Dios y Madre

nuestra queridísima, han contemplado con luz cada vez más clara la admirable armonía y orden de aquellos privilegios que el Dios providentísimo ha prodigado a esta amorosa asociada de nuestro Redentor, privilegios que llegan a un plano tan exaltado, que, fuera de ella, nada creado por Dios fuera de la naturaleza humana de Jesucristo ha llegado jamás a este nivel.

15. Los innumerables templos que han sido dedicados a la Virgen María asunta al cielo atestiguan claramente esta fe. También lo hacen aquellas imágenes sagradas, allí expuestas para la veneración de los fieles, que presentan este triunfo único de la Santísima Virgen ante los ojos de todos los hombres. Además, ciudades, diócesis y regiones individuales han sido puestas bajo el patrocinio y la tutela especial de la Virgen Madre de Dios asunta al cielo. De la misma manera se han fundado institutos religiosos, con la aprobación de la Iglesia, que han tomado su nombre de este privilegio. Tampoco podemos pasar por alto el hecho de que en el Rosario de María, cuyo rezo recomienda con tanta urgencia esta Sede Apostólica, hay un misterio propuesto para la piadosa meditación que, como todos saben, trata de la Asunción de la Santísima Virgen al cielo.

16. Esta creencia de los sagrados pastores y de los fieles de Cristo se manifiesta universalmente de manera aún más espléndida por el hecho de que, desde la antigüedad, tanto en Oriente como en Occidente se celebran solemnes oficios litúrgicos que conmemoran este privilegio. Los santos Padres y Doctores de la Iglesia nunca han dejado de sacar luz de este hecho, ya que, como todos sabemos, la Sagrada Liturgia, "por ser la profesión, sujeta a la suprema autoridad docente en el seno de la Iglesia, de las verdades celestiales, puede proporcionar pruebas y testimonios de no poco valor para decidir un punto particular de la doctrina cristiana."(10)

17. En los libros litúrgicos que tratan de la fiesta de la Dormición o de la Asunción de la Santísima Virgen hay expresiones que coinciden en testimoniar que, cuando la Virgen Madre de Dios pasó de este destierro terreno al cielo, lo que sucedió con su sagrado cuerpo, por decreto de la divina Providencia, fue conforme a la dignidad de Madre del Verbo encarnado y a los demás privilegios que le habían sido concedidos. Así, para citar un ejemplo ilustre, se refiere el sacramentario que Adriano I, nuestro predecesor de inmortal memoria, envió al emperador

Carlomagno. En este volumen se encuentran estas palabras: «Venerable para nosotros, Señor, la festividad de este día en el que la santa Madre de Dios sufrió la muerte temporal, pero no pudo ser retenida por los lazos de la muerte, la cual engendró de sí misma a tu Hijo, nuestro Señor, encarnado» (11).

18. Lo que aquí se indica con la sobriedad característica de la liturgia romana se presenta con mayor claridad y plenitud en otros libros litúrgicos antiguos. Por ejemplo, el sacramentario galicano designa este privilegio de María como «misterio inefable, tanto más digno de alabanza cuanto que la Asunción de la Virgen es algo único entre los hombres». Y, en la liturgia bizantina, la Asunción corporal de la Virgen María no sólo se relaciona una y otra vez con la dignidad de Madre de Dios, sino también con los demás privilegios, y en particular con la maternidad virginal que le fue concedida por singular decreto de la Providencia divina: «Dios, Rey del universo, te ha concedido favores que superan la naturaleza. Así como te conservó virgen en el parto, así también conservó incorrupto tu cuerpo en el sepulcro y lo glorificó con el gesto divino de sacarlo del sepulcro».(12)

19. El hecho de que la Sede Apostólica, que ha heredado la función confiada al Príncipe de los Apóstoles, la de confirmar a los hermanos en la fe,(13) haya hecho cada vez más solemne, con su propia autoridad, la celebración de esta fiesta, ha movido ciertamente y eficazmente las mentes atentas de los fieles a apreciar cada vez más plenamente la magnitud del misterio que conmemora. Así, la fiesta de la Asunción fue elevada del rango que había ocupado desde el principio entre las demás fiestas marianas a ser clasificada entre las celebraciones más solemnes de todo el ciclo litúrgico. Y cuando nuestro predecesor san Sergio I prescribió la llamada letanía o procesión estacional para las cuatro fiestas marianas, especificó juntas las fiestas de la Natividad, la Anunciación, la Purificación y la Dormición de la Virgen María.(14) Además, san León IV se ocupó de que la fiesta, que ya se celebraba bajo el título de la Asunción de la Bienaventurada Madre de Dios, se celebrara de una manera aún más solemne, ordenando que se celebrara una vigilia el día anterior y prescribiendo oraciones que se rezaran después de ella hasta el día de la octava. Una vez hecho esto, decidió participar él mismo en la celebración, en medio de una gran multitud de fieles.(15) Además, el hecho de que desde tiempos antiguos se había ordenado un ayuno sagrado para el día anterior a la fiesta se hace muy

evidente por lo que nuestro predecesor san Nicolás I atestigua al tratar de los ayunos principales que "la Santa Iglesia Romana ha observado durante mucho tiempo y todavía observa".(16)

20.Pero como la liturgia de la Iglesia no engendra la fe católica, sino que brota de ella, de modo que las prácticas del culto sagrado proceden de la fe como el fruto del árbol, se sigue que los santos Padres y los grandes Doctores, en las homilías y sermones que dirigieron al pueblo en esta fiesta, no sacaron su enseñanza de la fiesta misma como de una fuente primaria, sino que hablaron de esta doctrina como algo ya conocido y aceptado por los fieles de Cristo, la expusieron con mayor claridad, dieron explicaciones más profundas de su significado y naturaleza, poniendo de manifiesto con mayor claridad el hecho de que esta fiesta muestra, no sólo que el cuerpo muerto de la Bienaventurada Virgen María permaneció incorrupto, sino que obtuvo de la muerte un triunfo, su glorificación celestial a ejemplo de su Hijo Unigénito, Jesucristo; verdades que los libros litúrgicos habían tocado con frecuencia de manera concisa y breve.

21. Así, san Juan Damasceno, precursor insigne de esta verdad tradicional, se expresa con gran elocuencia al comparar la Asunción corporal de la afectuosa Madre de Dios con sus demás prerrogativas y privilegios: «Convenía que ella, que había conservado íntegra su virginidad en el parto, conservase su propio cuerpo libre de toda corrupción incluso después de la muerte; convenía que ella, que había llevado en su seno al Creador como un niño, habitase en las divinas moradas; convenía que la Esposa, que el Padre había tomado para sí, habitase en las divinas moradas; convenía que ella, que había visto a su Hijo en la cruz y que por ello había recibido en su corazón la espada del dolor, de la que había escapado al darlo a luz, lo contemplase sentado con el Padre; convenía que la Madre de Dios poseyera lo que es de su Hijo y que fuera honrada por toda criatura como Madre y esclava de Dios» (17).

22. These words of St. John Damascene agree perfectly with what others have taught on this same subject. Statements no less clear and accurate are to be found in sermons delivered by Fathers of an earlier time or of the same period, particularly on the occasion of this feast. And so, to cite some other examples, St. Germanus of Constantinople considered the fact that the body of Mary, the virgin Mother of God, was incorrupt and

had been taken up into heaven to be in keeping, not only with her divine motherhood, but also with the special holiness of her virginal body. "You are she who, as it is written, appears in beauty, and your virginal body is all holy, all chaste, entirely the dwelling place of God, so that it is henceforth completely exempt from dissolution into dust. Though still human, it is changed into the heavenly life of incorruptibility, truly living and glorious, undamaged and sharing in perfect life."(18) And another very ancient writer asserts: "As the most glorious Mother of Christ, our Savior and God and the giver of life and immortality, has been endowed with life by him, she has received an eternal incorruptibility of the body together with him who has raised her up from the tomb and has taken her up to himself in a way known only to him."(19)

23. A medida que esta fiesta litúrgica se celebraba cada vez más ampliamente y con mayor devoción y piedad, los obispos de la Iglesia y sus predicadores en número cada vez mayor consideraron su deber explicar abierta y claramente el misterio que la fiesta conmemora y explicar cómo está íntimamente conectado con las demás verdades reveladas.

24. Entre los teólogos escolásticos no han faltado quienes, queriendo indagar más profundamente en las verdades divinamente reveladas y deseosos de mostrar la armonía que existe entre la llamada demostración teológica y la fe católica, han considerado siempre digno de notar que este privilegio de la Asunción de la Virgen María está en admirable conformidad con las verdades divinas que nos dan las Sagradas Escrituras.

25. Cuando explican este punto, aducen diversas pruebas para aclarar este privilegio de María. Como primer elemento de estas demostraciones, insisten en el hecho de que, por amor filial a su Madre, Jesucristo quiso que ella fuera asunta al cielo. Fundan la fuerza de sus pruebas en la dignidad incomparable de su maternidad divina y en todas las prerrogativas que de ella se derivan, entre ellas su excelsa santidad, que sobrepasa por completo la santidad de todos los hombres y de los ángeles, la unión íntima de María con su Hijo y el afecto de amor preeminente que el Hijo tiene por su dignísima Madre.

26. Con frecuencia, teólogos y predicadores, siguiendo las huellas de los Santos Padres (20), han empleado con cierta libertad acontecimientos y

expresiones de la Sagrada Escritura para explicar su fe en la Asunción. Así, por citar sólo algunos de los textos más frecuentemente citados de este modo, algunos han empleado las palabras del salmista: «Levántate, Señor, a tu reposo, tú y el arca que has santificado» (21), y han considerado el Arca de la Alianza, construida con madera incorruptible y colocada en el templo del Señor, como figura del purísimo cuerpo de la Virgen María, preservado y exento de toda corrupción del sepulcro y elevado a tanta gloria en el cielo. Tratando de este tema, la describen también como la Reina entrando triunfante en los salones reales del cielo y sentada a la diestra del divino Redentor.(22) Asimismo mencionan a la Esposa de los Cantares "que sube por el desierto, como columna de humo de especias aromáticas, de mirra e incienso" para ser coronada.(23) Se propone que estos representan a esa Reina celestial y Esposa celestial que ha sido elevada a los atrios del cielo con el Esposo divino.

27.Además, los Doctores escolásticos han reconocido la Asunción de la Virgen Madre de Dios como algo significado, no sólo en varias figuras del Antiguo Testamento, sino también en aquella mujer vestida de sol que el apóstol Juan contempló en la isla de Patmos.(24) Del mismo modo han prestado particular atención a estas palabras del Nuevo Testamento: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres»,(25) pues vieron, en el misterio de la Asunción, el cumplimiento de aquella gracia perfectísima concedida a la Santísima Virgen y la bendición especial que contrarrestaba la maldición de Eva.

28. Así, en los primeros tiempos de la teología escolástica, el piadosísimo Amadeo, obispo de Lausana, sostuvo que la carne de la Virgen María había permanecido incorrupta (pues es un error creer que su cuerpo haya conocido la corrupción), porque en realidad se había unido de nuevo a su alma y, junto con ella, había sido coronada de gran gloria en los atrios celestiales: "Pues ella era la llena de gracia y bendita entre las mujeres. Sólo ella mereció concebir al verdadero Dios de Dios verdadero, a quien, siendo virgen, dio a luz, a quien, siendo virgen, amamantó, lo acarició en su regazo y en todo lo sirvió con amorosa solicitud".[26]

29. Entre los autores santos que en aquel tiempo, para ilustrar y confirmar la doctrina de la Asunción, piadosamente creída, se valieron de afirmaciones, imágenes y analogías diversas de la Sagrada Escritura, ocupa un lugar especial el doctor evangélico san Antonio de Padua, que,

en la fiesta de la Asunción, explicando las palabras del profeta: «Glorificaré el lugar de mis pies» (27), afirmó con certeza que el divino Redentor había adornado de gloria suprema a su amadísima Madre, de la que había recibido la carne humana. Afirma que "tenéis aquí una clara declaración de que la Santísima Virgen fue llevada en su cuerpo allí donde estaban los pies del Señor. Por eso escribe el santo salmista: "Levántate, Señor, a tu lugar de reposo, tú y el arca que has santificado". Y afirma que, así como Jesucristo resucitó de la muerte que triunfó y ascendió a la diestra del Padre, así también el arca de su santificación "resucitó, pues en este día la Virgen Madre fue llevada a su morada celestial".(28)

30. En la Edad Media, cuando la teología escolástica estaba en pleno auge, san Alberto Magno, que para fundamentar esta doctrina había reunido numerosas pruebas de la Sagrada Escritura, de las afirmaciones de los autores más antiguos y, finalmente, de la liturgia y de los llamados razonamientos teológicos, concluyó así: «De estas pruebas y autoridades y de otras muchas, se desprende que la Santísima Madre de Dios ha sido asunta sobre los coros de los ángeles, y nosotros creemos que esto es totalmente cierto»[29]. Y, en un sermón pronunciado el día sagrado de la Anunciación de la Santísima Virgen María, explicando las palabras «Dios te salve, llena eres de gracia» —palabras empleadas por el ángel que se dirigió a ella—, el Doctor Universal, comparando a la Santísima Virgen con Eva, afirmó clara e incisivamente que estaba exenta de la cuádruple maldición que había sido impuesta a Eva[30].

31. Siguiendo los pasos de su insigne maestro, el Doctor Angélico, aunque nunca trató directamente esta cuestión, sin embargo, cada vez que la tocó, sostuvo siempre junto con la Iglesia Católica, que el cuerpo de María había sido asunto al cielo junto con su alma.(31)

32. El Doctor Seráfico, como muchos otros, opinaba lo mismo. Consideraba absolutamente cierto que, habiendo preservado Dios a la Santísima Virgen María de la violación de su pureza e integridad virginales en la concepción y en el parto, nunca habría permitido que su cuerpo se redujera a polvo y cenizas.(32) Explicando estas palabras de la Sagrada Escritura: «¿Quién es ésta que sube del desierto, rebosante de deleites, recostada sobre su amado?»(33) y aplicándolas en un sentido como acomodado a la Santísima Virgen, razona así: «De aquí se desprende que está allí corporalmente... su bienaventuranza no sería

completa si no estuviera allí como persona. El alma no es persona, pero el alma, unida al cuerpo, es persona. Es evidente que está allí en alma y en cuerpo; de otro modo no tendría su bienaventuranza completa.(34)

33.En el siglo XV, en un período posterior de la teología escolástica, san Bernardino de Siena recogió y valoró diligentemente todo lo que los teólogos medievales habían dicho y enseñado sobre esta cuestión. No se contentó con recoger las principales consideraciones que estos escritores de una época anterior ya habían expresado, sino que añadió otras propias. La semejanza entre la Madre de Dios y su divino Hijo, en la nobleza y dignidad del cuerpo y del alma -semejanza que nos prohíbe pensar en la Reina celestial separada del Rey celestial- hace absolutamente necesario que María "esté sólo donde está Cristo"(35). Además, es razonable y conveniente que no sólo el alma y el cuerpo de un hombre, sino también el alma y el cuerpo de una mujer hayan alcanzado la gloria celestial. Finalmente, como la Iglesia nunca ha buscado las reliquias corporales de la Santísima Virgen ni las ha propuesto a la veneración del pueblo, tenemos una prueba del orden de una experiencia sensible(36).

34. Las enseñanzas de los santos Padres y de los Doctores, antes mencionadas, han sido de uso común en los tiempos más recientes. San Roberto Belarmino, recogiendo los testimonios de los cristianos de los primeros tiempos, exclamaba: «¿Quién, pregunto, podría creer que el arca de la santidad, morada del Verbo de Dios, templo del Espíritu Santo, pudiera ser reducida a ruinas? Mi alma se llena de horror al pensar que esta carne virginal que había engendrado a Dios, lo había traído al mundo, lo había alimentado y llevado, pudiera ser convertida en cenizas o entregada al pasto de los gusanos».(37)

35. De la misma manera, san Francisco de Sales, después de afirmar que es un error dudar de que Jesucristo mismo haya observado, del modo más perfecto, el mandamiento divino por el que se ordena a los hijos honrar a sus padres, se pregunta: "¿Qué hijo no devolvería la vida a su madre y no la llevaría al paraíso después de su muerte, si pudiera?". Y san Alfonso escribe que "Jesús no quiso que el cuerpo de María se corrompiera después de la muerte, ya que hubiera redundado en su propia deshonra que su carne virginal, de la que él mismo había tomado carne, fuera reducida a polvo".

36. Una vez expuesto en su debida luz el misterio que se conmemora en esta fiesta, no faltaron maestros que, en lugar de ocuparse de los razonamientos teológicos que demuestran por qué es conveniente y justo creer en la Asunción corporal de la Bienaventurada Virgen María al cielo, quisieron fijar su mente y atención en la fe de la misma Iglesia, que es el Cuerpo Místico de Cristo sin mancha ni arruga(40) y es llamada por el Apóstol «columna y baluarte de la verdad»(41). Apoyándose en esta fe común, consideraron temeraria, cuando no herética, la enseñanza opuesta a la doctrina de la Asunción de Nuestra Señora. Así, como no pocos, san Pedro Canisio, después de haber declarado que la palabra misma «asunción» significa la glorificación no sólo del alma, sino también del cuerpo, y que la Iglesia venera y celebra solemnemente este misterio de la Asunción de María desde hace muchos siglos, añade estas palabras de advertencia: «Esta doctrina ha sido ya aceptada desde hace algunos siglos, se ha tenido como cierta en el ánimo del pueblo piadoso y se ha enseñado a toda la Iglesia de tal modo que a quienes niegan que el cuerpo de María haya sido asunto al cielo no hay que escucharlos con paciencia, sino que en todas partes hay que denunciarlos como hombres demasiado pendencieros o temerarios, y como imbuidos de un espíritu más herético que católico».(42)

37. Al mismo tiempo, el gran Suárez profesaba en el campo de la mariología la norma de que «teniendo presentes las normas de la conveniencia y cuando no hay contradicción o repugnancia por parte de la Escritura, los misterios de la gracia que Dios ha obrado en la Virgen deben medirse, no por las leyes ordinarias, sino por la omnipotencia divina» (43). Apoyado en la fe común de toda la Iglesia sobre el misterio de la Asunción, podía concluir que este misterio debía ser creído con la misma firmeza de asentimiento que el dado a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. Así pues, sostenía ya que tales verdades podían definirse.

38. Todas estas pruebas y consideraciones de los Santos Padres y de los teólogos tienen como fundamento último las Sagradas Escrituras, que nos presentan a la amadísima Madre de Dios como íntimamente unida a su divino Hijo y siempre partícipe de su suerte. Por eso parece imposible pensar que aquella que concibió a Cristo, lo dio a luz, lo amamantó, lo tuvo en sus brazos y lo estrechó contra su pecho, esté separada de él en el cuerpo, aunque no en el alma, después de esta vida terrena. Siendo nuestro Redentor el Hijo de María, no podía hacer otra cosa, como

perfecto observador de la ley de Dios, que honrar no sólo a su Padre eterno, sino también a su amadísima Madre. Y, puesto que estaba en su poder concederle este gran honor, el de preservarla de la corrupción del sepulcro, debemos creer que realmente obró de esta manera.

39. Es preciso recordar, sobre todo, que desde el siglo II los Santos Padres designan a la Virgen María como la nueva Eva, la cual, aunque sujeta al nuevo Adán, está íntimamente asociada a él en aquella lucha contra el enemigo infernal que, como predijo el Protoevangelio,(44) tendría como resultado final aquella victoria completísima sobre el pecado y la muerte, que siempre se mencionan juntos en los escritos del Apóstol de los gentiles.(45) Por consiguiente, así como la gloriosa resurrección de Cristo fue parte esencial y signo final de esta victoria, así también aquella lucha que fue común a la Bienaventurada Virgen y a su divino Hijo debía concluir con la glorificación de su cuerpo virginal, pues el mismo Apóstol dice: "Cuando esto mortal se haya revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: La muerte ha sido devorada por la victoria".(46)

40. Por eso la venerada Madre de Dios, desde toda la eternidad unida de modo oculto a Jesucristo en un mismo y único decreto de predestinación,(47) inmaculada en su concepción, virginal perfectísima en su divina maternidad, asociada noble del divino Redentor, que habiendo alcanzado un triunfo completo sobre el pecado y sus consecuencias, obtuvo finalmente, como culmen supremo de sus privilegios, ser preservada incorruptible del sepulcro y que, como su propio Hijo, vencida la muerte, fuera llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo, donde, como Reina, está sentada esplendorosa a la diestra de su Hijo, Rey inmortal de los siglos.(48)

41. Puesto que la Iglesia universal, en la que habita el Espíritu de Verdad, que la orienta infaliblemente hacia un conocimiento cada vez más perfecto de las verdades reveladas, ha expresado muchas veces a lo largo de los siglos su propia creencia, y puesto que los obispos del mundo entero piden casi unánimemente que se defina como dogma de fe divina y católica la verdad de la Asunción corporal de la Bienaventurada Virgen María al cielo, verdad que está fundada en las Sagradas Escrituras, que está profundamente arraigada en la mente de los fieles, que ha sido aprobada en el culto eclesiástico desde los tiempos más remotos, que está en perfecta armonía con las demás

verdades reveladas y que ha sido expuesta y explicada magníficamente en la obra, la ciencia y la sabiduría de los teólogos, creemos que ya ha llegado el momento señalado en el plan de la divina providencia para la solemne proclamación de este eximio privilegio de la Virgen María.

42. Nosotros, que hemos puesto nuestro pontificado bajo el patrocinio particular de la Santísima Virgen, a la que hemos recurrido tantas veces en momentos de graves tribulaciones, que hemos consagrado a su Corazón Inmaculado todo el género humano en ceremonias públicas y que hemos experimentado en repetidas ocasiones su poderosa protección, confiamos en que esta solemne proclamación y definición de la Asunción contribuirá no poco a la utilidad de la sociedad humana, pues redunda en gloria de la Santísima Trinidad, a la que la Santísima Madre de Dios está unida con tan singulares vínculos. Es de desear que todos los fieles se sientan estimulados a una mayor piedad hacia su Madre celestial y que las almas de todos los que se glorían en el nombre cristiano se vean conmovidas por el deseo de participar en la unidad del Cuerpo Místico de Jesucristo y de aumentar el amor a Aquella que manifiesta su corazón maternal a todos los miembros de este augusto Cuerpo. Así pues, podemos esperar que quienes mediten sobre el glorioso ejemplo que María nos ofrece, se convenzan cada vez más del valor de una vida humana enteramente dedicada a cumplir la voluntad del Padre celestial y a traer el bien a los demás. Así, mientras las enseñanzas ilusorias del materialismo y la corrupción de la moral que se desprende de ellas amenazan con apagar la luz de la virtud y arruinar la vida de los hombres al suscitar discordias entre ellos, de este modo magnífico todos podrán ver claramente a qué alto fin están destinados nuestros cuerpos y nuestras almas. Finalmente, es nuestra esperanza que la creencia en la Asunción corporal de María al cielo fortalecerá y hará más eficaz nuestra creencia en nuestra propia resurrección.

43. Nos alegramos grandemente de que este solemne acontecimiento caiga, según el designio de la providencia de Dios, durante este Año Santo, de modo que podamos, mientras se celebra el gran Jubileo, adornar la frente de la Virgen Madre de Dios con esta brillante gema, y dejar un monumento más duradero que el bronce de nuestro propio y más ferviente amor a la Madre de Dios.

44. Por lo cual, después de haber elevado a Dios repetidas veces nuestras oraciones de súplica e invocado la luz del Espíritu de Verdad, para gloria de Dios Todopoderoso, que prodigó su afecto particular a la Virgen María, para honra de su Hijo, Rey inmortal de los siglos y vencedor del pecado y de la muerte, para aumento de la gloria de aquella misma augusta Madre, y para gozo y exultación de toda la Iglesia, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y con nuestra propia autoridad, pronunciamos, declaramos y definimos como dogma divinamente revelado: que la Inmaculada Madre de Dios, la siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial.

45. Por tanto, si alguno, cosa que Dios no permita, se atreva voluntariamente a negar o a poner en duda lo que hemos definido, sepa que se ha apartado completamente de la fe divina y católica.

46. Para que esta definición de la Asunción corporal de la Virgen María al cielo pueda ser llevada a la atención de la Iglesia universal, deseamos que esta, nuestra Carta Apostólica, sea de perpetua memoria, ordenando que las copias escritas de ella, o incluso copias impresas, firmadas por la mano de cualquier notario público y que lleven el sello de una persona constituida en dignidad eclesiástica, deben ser concedidas por todos los hombres la misma recepción que darían a la presente carta, si fuera entregada o mostrada.

47. Está prohibido a cualquier hombre cambiar esto, nuestra declaración, pronunciamiento y definición o, por intento imprudente, oponerse y contrarrestarlo. Si algún hombre se atreve a hacer tal intento, que sepa que incurrirá en la ira de Dios Todopoderoso y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo.

48. Dado en Roma, junto a San Pedro, en el año del gran jubileo de 1950, el primer día del mes de noviembre, fiesta de Todos los Santos, del año duodécimo de nuestro pontificado.
PIO XII

NOTAS FINALES

1. Romanos 8:28.

2. Gálatas 4:4.
3. Cfr. Hentrich-Von Moos, Petitiones de Assumptiono Corporea B. Virginis Mariae into Heaven Definienda ad S. Sedem Delatae, 2 volúmenes (Vatican Polyglot Press, 1942).
4. Hechos 20:28.
5. La Bula Dios Inefable, en el Acta Pío IX, parte 1, vol. 1, pág. 615
6. El Concilio Vaticano, Constitución del Hijo de Dios, c. 4.
7. Jn 14:26.
8. Concilio Vaticano, Constitución Pastor Aeternus, c. 4.
9. Ibíd., Hijo de Dios, c. 3.
10. La encíclica Mediador de Dios (Actas de la Sede Apostólica, 39, 541).
11. Sacramentario Gregoriano.
12. Menaeus Totius Anni.
13. Lc 22:32.
14. Libro pontificio
15. Ibídem.
16. Respuestas del Papa Nicolás I al Concilio de los Búlgaros.
17. Juan Damasceno, Encomio sobre la Dormición de la Madre de Dios y de la Siempre Virgen María, Hom. 2, norte. 14; cf. también ibídem, n. 3.
18. Germano de Constantinopla, Sobre la Dormición de la Santa Madre de Dios, Sermo I.
19. El Encomio sobre la Dormición de la Santísima Señora Nuestra Señora de Deiparae Semper Virginis Mariae, atribuido a San Pedro. Modesto de Jerusalén, n. 14.
20. Cfr. San Juan Damasceno, op. cit., Hom. II, norte. 11; y también el Encomio atribuido a San Modesto.
21. Sal 131:8.
22. Sal 44:10-14ss.
23. Cantares 3:6; cf. también 4:8; 6:9.
24. Ap 12:1ss.
25. Lc 1:28.
26. Amadeo de Lausana, Sobre la muerte de la Santísima Virgen, la Asunción al Cielo, la Exaltación a la diestra del Hijo.
27. Is 61:13.
28. Antonio de Padua, Sermones dominicales y en solemnidades, Sermón de la Asunción de Santa María la Virgen.
29. San Alberto Magno, Mariale, q. 132.
30. Alberto Magno, Sermones sobre los Santos, Sermón XV sobre la Anunciación de B. María; cf. también Mariale, q. 132.

31. Tomás de Aquino, Summa Theol., I, lla; P. 27, a. 1; P. 83, a. 5, a 8; Exposición del Saludo Angélico; En Symb. Exposición de los Apóstoles, a. S; En el 4º Sent., d. 12, q. 1, a. 3, sol. 3; d. 43, q. 1, a. 3, sol. 1, 2
32. Buenaventura, Sobre la Natividad de la Santísima Virgen María, Sermo V.
33. Cantares 8:5.
34. Buenaventura, Sobre la Asunción de la Santísima Virgen María, Sermo 1.
35. Bernardino de Siena, Sobre la Asunción de la Santísima Virgen María, Sermo 11.
36. Ibídem.
37. Robert Bellarmine, Sermones sobre las costumbres de Lovaina, n. 40, Sobre la Asunción de la Santísima Virgen María.
38. Oeuvres de St. Francois De Sales, sermón para la fiesta de la Asunción.
39. San Alfonso de Ligorio, Las Glorias de María, Parte 2, d. 1.
40. Efesios 5:27.
41. 1 Tim 3:15.
42. St. Peter Canisius, De Maria Virgine.
43. Suárez, En Tertiam Partem D. Thomas, q. 27, a. 2, disp. 3, seg. 5, núm. 31.
44. Gen 3:15.
45. Romanos 5-6; I Cor. 15:21-26, 54-57.
46. 1 Corintios 15:54.
47. El Toro Dios Inefable, loc. cit., pág. 599
48. 1 Tim 1:17.

ORIGINAL EN LATÍN:



PIUS EPISCOPUS
SERVUS SERVORUM DEI
AD PERPETUAM REI MEMORIAM
CONSTITUTIO APOSTOLICA
MUNIFICENTISSIMUS DEUS*
FIDEI DOGMA DEFINITUR DEIPARAM VIRGINEM MARIAM CORPORE ET ANIMA FUISSE AD CAELESTEM GLORIAM ASSUMPTAM

Munificentissimus Deus, qui omnia potest, cuiusque providentiae consilium sapientia et amore constat, arcano suae mentis proposito populorum singulorumque hominum dolores intersertis temperat

gaudiis, ut, diversis rationibus diversisque modis, ipsum diligentibus omnia cooperentur in bonum (cfr. Rom. 8, 28).

Iamvero Pontificatus Noster, quemadmodum praesens aetas, tot curis, sollicitudinibus angoribusque premitur ob gravissimas calamitates ac multorum a veritate virtuteque aberrationes; cernere tamen magno Nobis solacio est, dum, catholica fides publice actuoseque manifestatur, pietatem erga Deiparam Virginem vigere ac fervescere cotidie magis, ac fere ubique terrarum melioris sanctiorisque vitae praebere auspicia. Quo fit ut, dum Beatissima Virgo sua materna munia pro Christi sanguine redemptis amantissime explet, filiorum mentes animique ad studiosiorem eius privilegiorum contemplationem impensius excitentur.
Deus reapse, qui ex omni aeternitate Mariam Virginem propensissima singularique intuetur voluntate, « ubi venit plenitudo temporis » (Gal. 4, 4), providentiae suae consilium ita ad effectum deduxit, ut quae privilegia, quas praerogativas liberalitate summa eidem concesserat, eadem perfecto quodam concentu refulgerent. Quodsi summam eiusmodi liberalitatem perfectumque gratiarum concentum Ecclesia sempre agnovit ac per saeculorum decursum cotidie magis pervestigavit, nostra tamen aetate privilegium illud corporeae in Caelum Assumptionis Deiparae Virginis Mariae clariore luce profecto enituit.

Quod quidem privilegium, cum Decessor Noster imm. mem. Pius IX almae Dei Parentis immaculatae conceptionis dogma sollemniter sanxit, tum novo quodam fulgore illuxit. Arctissime enim haec duo privilegia inter se conectuntur. Christus quidem peccatum et mortem propria sua morte superavit; et qui per baptismum superno modo iterum generatus est, per eumdem Christum peccatum et mortem vicit. Attamen plenum de morte victoriae effectum Deus generali lege iustis conferre non vult, nisi cum finis temporum advenerit. Itaque iustorum etiam corpora post mortem resolvuntur, ac novissimo tandem die cum sua cuiusque gloriosa anima coniungentur.

Verumtamen ex generali eiusmodi lege Beatam Virginem Mariam Deus exemptam voluit. Quae quidem, singulari prorsus privilegio, immaculata conceptione sua peccatum devicit, atque adeo legi illi permanendi in sepulcri corruptione obnoxia non fuit, neque corporis sui redemptionem usque in finem temporum exspectare debuit.

Ideo cum sollemniter sancitum fuit Deiparam Virginem Mariam hereditaria labe immunem inde ab origine fuisse, tum christifidelium animi incensiore quadam spe permoti fuere, futurum ut a supremo Ecclesiae Magisterio dogma quoque corporeae Assumptionis Mariae Virginis in Caelum quamprimum definiretur.

Siquidem cernere fuit non modo singulos christifideles, sed eos quoque, qui Nationum vel ecclesiasticarum provinciarum quasi personam gererent, ac vel etiam non paucos Concilii Vaticani Patres hoc instanter ab Apostolica Sede postulare.

Decursu autem temporum huiusmodi postulationes ac vota, nedum remitterent, cotidie magis et numero et instantia succrevere. Etenim piae habitae sunt, hac de causa, precum contentiones; studia hac superre a pluribus eximiisque theologis vel privatim, vel in publicis ecclesiasticis Athenaeis et in ceteris scholis sacris disciplinis tradendis alacriter impenseque provecta; Conventus Mariales multis in catholici orbis partibus vel ex una tantum, vel ex pluribus Nationibus celebrati. Quae quidem studia pervestigationesque maiore in luce posuere in christianae fidei deposito, Ecclesiae concredito, dogma quoque con tineri Assumptionis Mariae Virginis in Caelum ; ac plerumque inde consecutae sunt postulationes, quibus ab Apostolica Sede suppliciter efflagitabatur, ut haec veritas sollemniter definiretur.

Hoc pio certamine christifideles miro quodam modo coniuncti fuere cum suis sacris Antistitibus; qui quidem eiusdem generis petitiones, numero profecto spectabiles, ad hanc divi Petri Cathedram miserunt. Propterea, cum ad Summi Pontificatus solium evecti fuimus, supplicationes eiusmodi ad milia bene multa ex quavis terrarum orbis parte et ex quovis civium ordine, ex Dilectis nempe Filiis Nostris Sacri Collegii Cardinalibus, ex Venerabilibus fratribus Archiepiscopis et Episcopis, ex Dioecesibus, atque ex paroeciis ad hanc Apostolicam Sedem iam delatae erant.

Quamobrem, dum impensas ad Deum admovimus preces, ut ad gravissimam hanc causam decernendam lumen Sancti Spiritus menti Nostrae impertiretur, peculiares edidimus normas, quibus iussimus ut collatis viribus severiora hac de re inirentur studia; atque interea petitiones omnes colligerentur accurateque perpenderentur, quae inde a Decessore Nostro fel. rec. Pio IX ad nostra usque tempora de Assumptione Beatae Mariae Virginis in Caelum ad Apostolicam hanc

Sedem missae fuissent (Petitiones de Assumptione corporea B. Virginis Mariae in caelum definienda ad S. Sedem delatae; 2 vol., Typis Polyglottis Vaticanis, 1942).

Cum vero tanti momenti tantaeque gravitatis causa ageretur, opportunum duximus Venerabiles omnes in Episcopatu Fratres directo atque ex auctoritate rogare ut mentem cuiusque suam conceptis verbis Nobis aperire vellent. Quapropter die mensis Maii, anno MDCCCCXXXXVI, Nostras ad eos dedimus Litteras « Deiparae Virginis Mariae », in quibus haec habebantur : « An vos, Venerabiles Fratres, pro eximia vestra sapientia et prudentia censeatis: Assumptionem corpoream Beatissimae Virginis tamquam dogma fidei proponi et definiri posse, et an id cum clero et populo vestro exoptetis ».

Ii autem quos « Spiritus Sanctus posuit Episcopos regere Ecclesiam Dei » (Act. 20, 28), ad utramque quaestionem quod attinet, unanima fere voce assentientes responderunt. Haec « singularis catholicorum Antistitum et fidelium conspiratio » (Bulla Ineffabilis Deus, Acta Pii IX, p. I, vol. I, p. 5), qui Dei Matris autumant corpoream in Caelum Assumptionem ut fidei dogma definiri posse, cum concordem Nobis praebeat ordinarii Ecclesiae Magisterii doctrinam concordemque christiani populi fidem — quam idem Magisterium sustinet ac dirigit — idcirco per semet ipsam ac ratione omnino certa ab omnibusque erroribus immuni manifestat eiusmodi privilegium veritatem esse a Deo revelatam in eoque contentam divino deposito, quod Christus tradidit Sponsae suae fideliter custodiendum et infallibiliter declarandum (cfr. Conc. Vat. De fide catholica, cap. 4). Quod profecto Ecclesiae Magisterium non quidem industria mere humana, sed praesidio Spiritus veritatis (cfr. Io. 14, 26), atque adeo sine ullo prorsus errore, demandato sibi munere fungitur revelatas adservandi veritates omne per aevum puras et integras; quamobrem eas intaminatas tradit, eisdem adiciens nihil, nihil ab iisdem detrahens. « Neque enim — ut Concilium Vaticanum docet — Petri successoribus Spiritus Sanctus promissus est ut, eo revelante, novam doctrinam patefacerent, sed ut, eo assistente, traditam per Apostolos revelationem seu fidei depositum sancte custodirent et fideliter exponerent » (Conc. Vat. Const. De Ecclesia Christi, cap. 4). Itaque ex ordinarii Ecclesiae Magisterii universali consensu certum ac firmum sumitur argumentum, quo comprobatur corpoream Beatae Mariae Virginis in Caelum Assumptionem — quam quidem, quoad caelestem ipsam « glorificationem » virginalis corporis almae Dei Matris, nulla

humanae mentis facultas naturalibus suis viribus cognoscere poterat — veritatem esse a Deo revelatam, ideoque ab omnibus Ecclesiae filiis firmiter fideliterque credendam. Nam, ut idem Concilium Vaticanum asseverat: « Fide divina et catholica ea omnia credenda sunt, quae in verbo Dei scripto vel tradito continentur, et ab Ecclesia sive sollemni iudicio, sive ordinario et universali Magisterio tamquam divinitus revelata credenda proponuntur » (De fide catholica, cap. 3).

Communis huius fidei Ecclesiae varia inde a remotis temporibus per saeculorum decursum manifestantur testimonia, indicia atque vestigia; eademque fides luculentiore in dies lumine panditur.

Siquidem christifideles, suorum Pastorum institutione ac ductu, a Sacris Litteris didicere Virginem Mariam, per terrestrem suam peregrinationem, vitam egisse sollicitudinibus, angustiis, doloribus affectam ; ac praeterea id evenisse, quod sanctissimus senex Simeon cecinerat, acutissimum nempe gladium cor eius transverberasse ad Divini sui Nati crucem nostrique Redemptoris. Parique modo haud difficile iisdem fuit assentiri magnam etiam Dei Matrem, quemadmodum iam Unigenam suum, ex hac vita decessisse. Hoc tamen minime prohibuit quo minus palam crederent ac profiterentur sacrum eius corpus sepulcri corruptioni obnoxium fuisse numquam, numquam augustum illud Divini Verbi tabernaculum in tabem, in cinerem resolutum fuisse. Quin immo, divina collustrati gratia pietateque erga eam permoti, quae Dei Parens est suavissimaque Mater nostra, clariore cotidie luce mirabilem illam privilegiorum concordiam ac cohaerentiam contemplati sunt, quae Providentissimus Deus almae huic Redemptoris nostri sociae impertiit, et quae talem attigere celsissimum verticem, qualem praeter ipsam nemo a Deo creatus, excepta humana Iesu Christi natura, assecutus est umquam.

Hanc eamdem fidem innumera illa templa manifesto testantur, quae in honorem Mariae Virginis Caelo receptae Deo dicata fuere; itemque sacrae illae imagines inibi christifidelium venerationi propositae, quae singularem eiusmodi Beatae Virginis triumphum ante omnium oculos efferunt. Urbes praeterea, dioeceses ac regiones peculiari tutelae ac patrocinio Deiparae Virginis ad Caelum evectae fuere concreditae; parique modo religiosa Instituta, probante Ecclesia, excitata sunt, quae quidem ex eiusmodi privilegio nomen accipiunt. Neque silentio praetereundum est in mariali rosario, cuius recitationem Apostolica haec

Sedes tantopere commendat, unum haberi mysterium, piae meditationi propositum, quod, ut omnes norunt, de Assumptione agit Beatae Virginis in Caelum.

Universali autem ac splendidiore modo haec sacrorum Pastorum ac christifidelium fides tum manifestatur, cum inde ab antiquis temporibus in Orientis et in Occidentis regionibus liturgica sollemnia hac de causa celebrantur; hinc enim Sancti Ecclesiae Patres atque Doctores lucem haurire numquam praetermisere, quandoquidem, ut omnibus in comperto est, sacra Liturgia, « cum sit etiam veritatum caelestium professio, quae supremo Ecclesiae Magisterio subicitur, argumenta ac testimonia suppeditare potest, non parvi quidem momenti, ad peculiare decernendum christianae doctrinae caput » (Litt. Enc. Mediator Dei, A. A. S. vol. XXXIX, p. 541).

In liturgicis libris, qui festum referunt vel Dormitionis, vel Assumptionis Sanctae Mariae, dictiones habentur, quae concordi quodam modo testantur, cum Deipara Virgo ex hoc terrestri exsilio ad superna pertransiit, sacro eius corpori ex Providentis Dei consilio ea contigisse, quae cum Incarnati Verbi Matris dignitate consentanea essent, cum ceterisque privilegiis eidem impertitis. Haec, ut praeclaro utamur exemplo, in Sacramentario asseverantur, quod Decessor Noster imm. mem. Hadrianus I ad Imperatorem misit Carolum Magnum. In eo enim haec habentur: « Veneranda nobis, Domine, huius est diei festivitas, in qua sancta Dei Genitrix mortem subiit temporalem, nec tamen mortis nexibus deprimi potuit, quae Filium tuum Dominum nostrum de se genuit incarnatum » (Sacramentarium Gregorianum).
Quod vero heic verborum illa temperantia indicatur, qua Romana Liturgia uti solet, in ceteris vel orientalis, vel occidentalis antiquae Liturgiae voluminibus luculentius ac fusius declaratur. Sacramentarium Gallicanum, ut unum in exemplum afferamus, hoc Mariae privilegium dicit « inexplicabile sacramentum, tanto magis praeconabile, quanto est inter homines assumptione Virginis singulare ». Atque in Byzantina Liturgia corporea Mariae Virginis Assumptio non modo cum Dei Matris dignitate etiam atque etiam conectitur, sed cum aliis quoque privilegiis, peculiarique ratione cum virginea eius maternitate, singulari Providentis Dei consilio praestituta: « Tibi rex rerum omnium Deus ea, quae supra naturam sunt, tribuit; sicut enim in partu te virginem custodivit, sic et in sepulcro corpus tuum incorruptum servavit, et per divinam translationem conglorificavit » (Menaei totius anni)

Quod autem Apostolica Sedes, quae muneris est heres, Apo stolorum Principi concrediti, in fide confirmandi fratres (cfr. Luc. 22, 32) sollemniorem in dies auctoritate sua eiusmodi celebrationem reddidit, id profecto studiosam christifidelium mentem efficaciter permovit ad magis cotidie magisque huius commemorati mysterii gravitatem considerandam. Itaque Assumptionis festum ex illo honoris gradu, quem in ceteris Marialibus celebrationibus inde ab initio obtinuerat, ad sollemniorum celebrationum ordinem totius liturgici cycli evectum fuit. Ac Decessor Noster S. Sergius I, cum Litaniam seu Processionem Stationalem, quae dicitur, in quattuor Marialibus celebrationibus habendas praescriberet, una simul festum Nativitatis, Annuntiationis, Purificationis ac Dormitionis Mariae Virginis enumerat (Liber Pontificalis). Deinceps vero S. Leo IV festum, quod iam titulo Assumptionis Beatae Genetricis Dei celebrabatur, sollemniore etiam modo recolendum curavit, cum pervigilium ante habendum iuberet, postea vero supplicationes in octavum diem; atque ipsemet, hanc opportunitatem libenter nactus, in genti stipatus multitudine sollemnes eiusmodi celebrationes participare voluit (Ibid.). Ac praeterea pridie huius diei sacrum habendum ieiunium iam antiquitus fuisse praeceptum, ex iis omnino patet, quae Decessor Noster S. Nicolaus I testatur, cum de praecipuis ieiuniis agit, « quae . . . sancta Romana suscepit antiquitus et tenet Ecclesia » (Responsa Nicolai Papae I ad consulta Bulgarorum).

Quandoquidem vero Ecclesiae Liturgia catholicam non gignit fidem, sed eam potius consequitur, ex eaque, ut ex arbore fructus, sacri cultus ritus proferuntur, idcirco Sancti Patres magnique Doctores in homiliis orationibusque, quas hoc festo die ad populum habuere, non hinc veluti ex primo fonte, eius modi doctrinam hauserunt, sed de ea potius, utpote christifidelibus iam nota atque accepta, locuti sunt; eamdem luculentius declararunt; eius sensum atque rem altioribus rationibus proposuere, id praesertim in clariore collocantes luce, quod liturgici libri saepenumero presse breviterque attigerant: hoc nempe festo non solummodo Beatae Virginis Mariae nullam habitam esse exanimis corporis corruptionem commemorari, sed eius etiam ex morte deportatum triumphum, eiusque caelestem « glorificationem », ad Unigenae sui exemplum Iesu Christi.

Itaque S. Ioannes Damascenus, qui prae ceteris eximius traditae huius veritatis praeco exstat, corpoream almae Dei Matris Assumptionem cum aliis eius dotibus ac privilegiis comparans, haec vehementi eloquentia edicit: « Oportebat eam, quae in partu illaesam servaverat virginitatem,

suum corpus sine ulla corruptione etiam post mortem conservare. Oportebat eam, quae Creatorem ut puerum in sinu gestaverat, in divinis tabernaculis commorari. Oportebat sponsam, quam Pater desponsaverat, in thalamis caelestibus habitare. Oportebat eam, quae Filium suum in cruce conspexerat, et, quem pariendo effugerat doloris gladium, pectore exceperat, ipsum Patri considentem contemplari. Oportebat Dei Matrem ea, quae Filii sunt, possidere et ab omni creatura tamquam Dei Matrem et ancillam excoli » (S. Ioan. Damasc. Encomium in dormitionem Dei Genitricis semperque Virginis Mariae, hom. II, 14; cfr. etiam ibid. n. 3).

Haec quidem S. Ioannis Damasceni vox aliorum vocibus, eamdem asseverantium doctrinam, fideliter respondet. Etenim haud minus clarae accurataeque dictiones in orationibus illis inveniuntur, quas vel superioris vel eiusdem aevi Patres, per occasionem plerumque huius festi, habuere. Itaque, ut aliis utamur exemplis, S. Germanus Constantinopolitanus corpus Deiparae Virginis Mariae incorruptum fuisse et ad Caelum evectum non modo cum divina eius maternitate consentaneum putabat, sed etiam cum peculiari sanctitate eiusdem virginalis corporis: « Tu, secundum quod scriptum est, in pulchritudine appares; et corpus tuum virginale toturn sanctum est, totum castum, totum Dei domicilium; ita ut ex hoc etiam a resolutione in pulverem deinceps sit alienum; immutatum quidem, quatenus humanum, ad excelsam incorruptibilitatis vitam; idem vero vivum atque praegloriosum, incolume atque perfectae vitae particeps » (S. Germ. Const. In Sanctae Dei Genitricis Dormitionem, sermo I). Alius vero antiquissimus scriptor asseverat: « Igitur ut gloriosissima Mater Christi Salvatoris nostri Dei, vitae et immortalitatis largitoris, ab ipso vivificatur, in aeternum concorporea in incorruptibilitate, qui illam a sepulcro suscitavit et ad seipsum assumpsit, ut ipse solus novit » (Encomium in Dormitionem Sanctissimae Dominae nostrae Deiparae semperque Virginis Mariae [S. Modesto Hierosol. attributum], n. 4).

Cum autem hoc liturgicum festum latius in dies impensioreque pietate celebraretur, Ecclesiae Antistites ac sacri oratores, crebriore usque numero, officii sui esse duxerunt aperte ac nitide explanare mysterium, quod eodem hoc festo recolitur, atque edicere illud esse cum ceteris revelatis veritatibus coniunctissimum.

In scholasticis theologis non defuere qui, cum in veritates divinitus revelatas altius introspicere vellent, atque illum praebere cuperent concentum, qui inter rationem theologicam, quae dicitur, ac catholicam intercedit fidem, animadvertendum putarent hoc Mariae Virginis Assumptionis privilegium cum divinis veritatibus miro quodam modo concordare, per Sacras Litteras nobis traditis.

Cum hinc ratiocinando proficiscerentur, varia protulere argumenta, quibus mariale eiusmodi privilegium illustrarent, quorum quidem argumentorum quasi primum elementum hoc esse asseverabant, Iesum Christum nempe, pro sua erga Matrem pietate, eam voluisse ad Caelum assumptam; eorumdem vero argumentorum vim incomparabili inniti dignitate eius divinae maternitatis atque etiam eorum omnium munerum, quae eam consequuntur; quae quidem sunt insignis eius sanctitas, omnium hominum angelorumque sanctitudinem exsuperans; intima Ma riae cum Filio suo coniunctio; ac praecipuae illius dilectionis affectus, qua Filius dignissimam Matrem suam prosequebatur.

Ac saepenumero theologi occurrunt oratoresque sacri, qui Sanctorum Patrum vestigiis insistentes (cfr. S. Ioan Damasc. Encomium in Dormitionem Dei Genitricis semperque Virginis Mariae, hom. 11, 2, I I ; Encomium in Dormitionem [S. Modesto Hierosol. attributum]), ut suam illustrent Assumptionis fidem, quadam usi libertate, eventus ac verba referunt, quae a Sacris Litteris mutuantur. Itaque, ut nonnulla tantum memoremus, quae hac de re saepius usurpantur, sunt qui Psaltae sententiam inducant : « Surge, Domine, in requiem tuam, tu et Arca sanctificationis tuae » (Ps. 131, 8); atque Arcam foederis, incorruptibili ligno instructam atque in Dei templo positam, quasi imaginem cernant purissimi Mariae Virginis corporis, ab omni sepulcri corruptione servati immunis, atque ad tantam in Caelo gloriam evecti. Parique modo, hac de re agentes, Reginam describunt in regiam Caelorum aulam per triumphum ingredientem ac dextero Divini Redemptoris assidentem lateri (Ps. 14,10, 14-16); itemque Canticorum Sponsam inducunt, « quae ascendit per desertum, sicut virgula fumi ex aromatibus myrrae et thuris », ut corona redimiatur (Cant. 31, 6; cfr. 4, 8; 6,9). Quae quidem ab iisdem veluti imagines proponuntur caelestis illius Reginae, caelestisque Sponsae, quae una cum Divino Sponso ad Caelorum aulam evehitur.

Ac praeterea scholastici doctores non modo in variis Veteris Testamenti figuris, sed in illa etiam Muliere amicta sole, quam Ioannes Apostolus in

insula Patmo (Apoc. 12 , I sq.) contemplatus est, Assumptionem Deiparae Virginis significatam viderunt. Item ex Novi Testamenti locis haec verba peculiari cura considerationi proposuere suae: « Ave, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus » (Luc. I, 28), cum in Assumptionis mysterio complementum cernerent plenissimae illius gratiae, Beatae Virgini impertitae, singularemque benedictionem maledictioni Hevae adversantem.

Eam ob rem, sub Scholasticae Theologiae initio vir piissimus Amedeus Lausannensis Episcopus affirmat Mariae Virginis carnem incorruptam permansisse; — neque enim credi fas est corpus eius vidisse corruptionem — cum revera animae suae iterum coniunctum fuerit, atque una cum ea in caelesti aula excelsa redimitum gloria. « Erat namque plena gratia et in mulieribus benedicta (Luc. 1, 28). Deum verum de Deo vero sola ineruit concipere, quem virgo peperit, virgo lactavit, fovens in gremio, eique in omnibus ahno ministravit obsequio » (AMEDEUS LAUSANNENSIS, De Beatae Virginis obitu, Assumptione in Caelum, exaltatione ad Filii dexteram).

In sacris vero scriptoribus, qui eo tempore Divinarum Litterarum sententiis variisque similitudinibus seu analogiis usi, Assumptionis doctrinam, quae pie credebatur, illustrarunt ac confirmarunt, peculiarem locum obtinet Doctor Evangelicus S. Antonius Patavinus. Is enim, festo Assumptionis die, haec Isaiae prophetae verba interpretatus: « locum pedum meorum glorificabo » (Is. 60, 13), modo certo asseveravit a Divino Redemptore Matrem, suam dilectissimam, ex qua humanam sumpserat carnem, summa ornatam fuisse gloria. « Per hoc aperte habes — ita ait — quod Beata Virgo in corpore, quo fuit locus pedum Domini, est assumpta ». Quamobrem sacer Psaltes scribit : « Exsurge, Domine, in requiem tuam, tu et Arca sanctificationis tuae ». Quemadmodum, ita ipse asserit, Iesus Christus ex triumphata morte resurrexit atque ad dexteram sui Patris ascendit, ita pariter « surrexit et Arca sanctificationis suae, cum in hac die Virgo Mater ad aethereum thalamum est assumpta » (S. ANTONIUS PATAV. Sermones dominicales et in solemnitatibus. In Assumptione S. Mariae Virginis sermo).

Cum autem, media aetate, Theologia Scholastica maxime floreret, S. Albertus Magnus, variis ad rem probandam collatis argumentis, quae vel Sacris Litteris, vel sententiis a maioribus traditis, vel denique Liturgia rationeque theologica, quae dicitur, innituntur, ita concludit: « His

rationibus et auctoritatibus et multis aliis manifestum est, quod Beatissima Dei Mater in corpore et anima super choros Angelorum est assumpta. Et hoc modis omnibus credimus esse verum », (S. ALBERTUS MAGNUS, Mariale sive quaestiones super Evang. «Missus est », q. 132). In oratione vero, quam die Annunciationi sacro Beatae Virginis habuit, haec Angeli salutantis verba explanans: « Ave, gratia plena... », Doctor Universalis, dum Hevae Sanctissimam Virginem comparat, hanc clare significanterque asseverat quadruplici illa maledictione fuisse immunem, cui Heva obnoxia fuit (Idem, Sermones de sanctis, sermo XV: In Annuntiatione Beatae Mariae; cfr. etiam Mariale, q. 132).

Doctor Angelicus, insignis magistri sui vestigia premens, quamvis dedita opera eiusmodi quaestionem numquam agitaverit, quotiescumque tamen per occasionem eam attingit, una cum Catholica Ecclesia constanter retinet cum Mariae anima eius corpus in Caelum fuisse assumptum, (cfr. Summa Theol. q. 27, a. i c. ; ibid., q. 83, a. 5 ad 8; Expositio salutationis angelicae; In symb. Apostolorum expositio, art 5; In IV Sent. D. 12, q. r, art. 3, sol. 3; D. 43, q. i, art. 3, sol. I et 2).

Eamdem sententiam amplectitur, in multis aliis, Doctor Seraphicus, qui quidem pro certo omnino habet, quemadmodum Deus Mariam Sanctissimam, sive concipientem, sive parientem, virginalis pudoris virginalisque integritatis violatione immunem servavit, sic minime permisisse ut eius corpus in tabem, in cinerem resolveretur (cfr. S. BONAVENTURA, De Nativitate B. Mariae Virginis, sermo 5). Haec Sacrae Scripturae verba interpretans, eademque sensu quodam accommodato Beatae Virgini tribuens: « Quae est ista, quae ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum », (Cant., 8, 5), ita arguit: « Et hinc constare potest quod corporaliter ibi est... Cum enim... beatitudo non esset consummata nisi personaliter ibi esset, et persona non sit anima, sed coniunctum, patet quod secundum coniunctum, id est corpus et animam, ibi est: alioquin consummatam non haberet fruitionem », (S. BONAVENTURA, De Assumptione B. Mariae Virginis, sermo I).

Sera autem Scholasticae Theologiae aetate, hoc est saeculo XV, S. Bernardinus Senensis ea omnia, quae medii aevi theologi hac super causa edixerant ac disceptaverant, summatim colligens ac diligenter retractans, non satis habuit praecipuas eorum referre considerationes, quas superioris temporis doctores iam proposuerant, sed alias etiam adiecit. Similitudo nempe divinae Matris divinique Filii, ad animi

corporisque nobilitatem dignitatemque quod attinet — ob quam quidem similitudinem ne cogitare quidem possumus caelestem Reginam a caelesti Rege separari — omnino postulat ut Maria « esse non clebeat, nisi ubi est Christus » (S. BERNARDINUS SENENS, In Assumptione B. M. Virginis, sermo II); ac praeterea rationi congruens et consentaneum est, quemadmodum hominis, ita etiam mulieris animam ac corpus sempiternam iam gloriam in Caelo assecuta esse; ac denique idcirco quod numquam Ecclesia Beatae Virginis exuvias requisivit ac populi cultui proposuit, argumentum praebetur, quod « quasi sensibile experimentum » (Idem l. c.) referri potest.

Recentioribus vero temporibus, quas supra rettulimus, Sanctorum Patrum Doctorumque sententiae communi in usu fuere. Consensum christianorum amplectens, a superioribus aetatibus traditum, S. Robertus Bellarminus exclamavit: « Et quis, obsecro, credere posset, arcam sanctitatis, domicilium Verbi, templum Spiritus Sancti corruisse? Exhorret plane animus meus vel cogitare carnem illam virgineam, quae Deum genuit, peperit, aluit, gestavit, vel in cinerem esse conversam, vel in escam vermibus traditam (S. ROBERTUS BELLARMINUS, Conciones habitae Lovanii, concio 40: De Assumptione B. Mariae Virginis).

Parique modo S. Franciscus Salesius, postquam asseveravit dubitare fas non esse Iesum Christum perfectissimo modo divinum mandatum, quo filii iubentur proprios honorare parentes, ad rem deduxisse, hanc sibi quaestionem proponit: « Quinam filius, si posset, matrem suam ad vitam non revocaret, atque eam post mortem in Paradisum non adduceret? » (Œuvres de St François de Sales, Sermon autographe pour la fête de l'Assomption). Ac S. Alfonsus scribit: « Iesus Mariae corpus post mortem corrumpi noluit, cum in suum dedecus redundaret virginalem eius carnem in tabem redigi, ex qua suam ipsemet carnem assumpserat » (S. ALFONSO M.DE' LIGUORI, Le glorie di Maria, parte II, disc. I).

Cum vero mysterium, quod hoc festo celebratur, iam in sua luce positum esset, haud defuere doctores, qui, potius quam de theologicis argumentis agerent, quibus demonstraretur conve niens omnino ac consentaneum esse corpoream credere Beatae Mariae Virginis in Caelum Assumptionem, mentem animumque suum ad ipsam converterent Ecclesiae fidem, mysticae Christi Sponsae non habentis maculam aut rugam (cfr. Eph. 5, 27), quae quidem ab Apostolo nuncupatur « columna et firmamentum veritatis » (1 Tim. 3,15); atque

communi hac fide innixi, contrariam sententiam temerariam putarent, ne dicamus haereticam. Siquidem, ut alii non pauci, S. Petrus Canisius, postquam declaravit ipsum Assumptionis vocabulum non modo animae, sed corporis etiam « glorificationem » significare, atque Ecclesiam multis iam saeculis hoc mariale Assumptionis mysterium venerari ac celebrare sollemniter, haec animadvertit : « Quae sententia iam saeculis aliquot obtinet, ac piorum animis infixa totique Ecclesiae sic commendata est, ut qui Mariae corpus in Caelum negant assumptum, ne patienter quidem audiantur, sed velut nimium contentiosi, aut prorsus temerarii, et haeretico magis quam catholico spiritu imbuti homines passim exsibilentur » (S. PETRUS CANISIUS, De Maria Virgine).

Eodem tempore Doctor Eximius, cum hanc de mariologia profiteretur normam, nempe « mysteria gratiae, quae Deus in Virgine operatus est, non esse ordinariis legibus metienda, sed divina omnipotentia, supposita rei decentia, absque ulla Scripturarum contradictione aut repugnantia » (SUAREZ F. In tertiam partem D. Thomae, q. 27, art. 2, disp. 3, sec. 5, n. 31), universae Ecclesiae communi fretus fide, ad Assumptionis mysterium quod attinet, concludere poterat hoc idem mysterium eadem animi firmitate credendum esse, ac Immaculatam Conceptionem B. Virginis; iamque tum autumabat veritates eiusmodi definiri posse.

Haec omnia Sanctorum Patrum ac theologorum argumenta considerationesque Sacris Litteris, tamquam ultimo fundamento, nituntur; quae quidem almam Dei Matrem nobis veluti ante oculos proponunt divino Filio suo coniunctissimam, eius que semper participantem sortem. Quamobrem quasi impossibile videtur eam cernere, quae Christum concepit, peperit, suo lacte aluit, eumque inter ulnas habuit pectorique obstrinxit suo, ab eodem post terrestrem hanc vitam, etsi non anima, corpore tamen separatam. Cum Redemptor noster Mariae Filius sit, haud poterat profecto, utpote divinae legis observator perfectissimus, praeter Aeternum Patrem, Matrem quoque suam dilectissimam non honorare. Atqui, cum eam posset tam magno honore exornare, ut eam a sepulcri corruptione servaret incolumem, id reapse fecisse credendum est.

Maxime autem illud memorandum est, inde a saeculo Mariam Virginem a Sanctis Patribus veluti novam Hevam proponi novo Adae, etsi subiectam, arctissime coniunctam in certamine illo adversus inferorum hostem, quod, quemadmodum in protoevangelio (Gen. 3, 15)

praesignificatur, ad plenissimam deventurum erat victoriam de peccato ac de morte, quae semper in gentium Apostoli scriptis inter se copulantur (cfr. Rom. cap. 5 et 6; 1 Cor. 15, 21- 26; 54 - 57). Quamobrem, sicut gloriosa Christi anastasis essentialis pars fuit ac postremum huius victoriae tropaeum, ita Beatae Virginis commune cum Filio suo certamen virginei corporis « glorificatione » concludendum erat; ut enim idem Apostolus ait, « cum... mortale hoc induerit im mortalitatem, tunc fiet sermo, qui scriptus est : absorpta est mors in victoria » (1 Cor. 15, 54).

Idcirco augusta Dei Mater, Iesu Christo, inde ab omni aeternitate, « uno eodemque decreto » (Bulla Ineffabilis Deus, 1. c., p. 599) praedestinationis, arcano modo coniuncta, immaculata in suo conceptu, in divina maternitate sua integerrima virgo, generosa Divini Redemptoris socia, qui plenum de peccato eius que consectariis deportavit triumphum, id tandem assecuta est, quasi supremam suorum privilegiorum coronam, ut a sepulcri corruptione servaretur immunis, utque, quemadmodum iam Filius suus, devicta morte, corpore et anima ad supernam Caeli gloriam eveheretur, ubi Regina refulgeret ad eiusdem sui Filii dexteram, immortalis saeculorum Regis (cfr. 1 Tim. 1, 17).

Quoniam igitur universa Ecclesia, in qua viget Veritatis Spiritus, qui quidem eam ad revelatarum perficiendam veritatum cognitionem infallibiliter dirigit, multipliciter per saeculorum decursum suam fidem manifestavit, et quoniam universi terrarum orbis Episcopi prope unanima consensione petunt, ut tam quam divinae et catholicae fidei dogma definiatur veritas corporeae Assumptionis Beatissimae Virginis Mariae in Caelum quae veritas Sacris Litteris innititur, christifidelium animis penitus est insita, ecclesiastico cultu inde ab antiquissimis temporibus comprobata, ceteris revelatis veritatibus summe consona, theologorum studio, scientia ac sapientia splendide explicata et declarata — momentum Providentis Dei consilio praestitutum iam advenisse putamus, quo insigne eiusmodi Mariae Virginis privilegium sollemniter renuntiemus.

Nos, qui Pontificatum Nostrum peculiari Sanctissimae Virginis patrocinio concredidimus, ad quam quidem in tot tristissimarum rerum vicibus confugimus, Nos, qui Immaculato eius Cordi universum hominum genus publico ritu sacravimus, eius que praesidium validissimum iterum atque iterum experti sumus, fore omnino confidimus ut sollemnis haec Assumptionis pronuntiatio ac definitio haud parum ad humanae

consortionis profectum conferat, cum in Sanctissimae Trinitatis gloriam vertat, cui Deipara Virgo singularibus devincitur vinculis. Futurum enim sperandum est ut christifideles omnes ad impensiorem erga caelestem Matrem pietatem excitentur ; utque eorum omnium animi, qui christiano gloriantur nomine, ad desiderium moveantur Mystici Iesu Christi Corporis participandae unitatis, suique erga illam augendi amoris, quae in omnia eiusdem augusti Corporis membra maternum gerit animum. Itemque sperandum est ut gloriosa meditantibus Mariae exempla magis magisque persuasum sit quantum valeat hominum vita, si Caelestis Patris voluntati exsequendae omnino sit dedita ac ceterorum omnium procurando bono ; ut, dum « materialismi » commenta et quae inde oritur morum corruptio, virtutis lumina submergere minantur, hominumque, excitatis dimicationibus, perdere vitas, praeclarissimo hoc modo ante omnium oculos plena in luce ponatur ad quam excelsam metam animus corpusque nostrum destinentur ; ut denique fides corporeae Assumptionis Mariae in Caelum nostrae etiam resurrectionis fidem firmiorem efficiat, actuosiorem reddat.

Quod autem hoc sollemne eventum in Sacrum, qui vertitur, Annum Providentis Dei consilio incidit, Nobis laetissimum est; ita enim Nobis licet, dum Iubilaeum Maximum celebratur, fulgenti hac gemma Deiparae Virginis frontem exornare, ac monumentum relinquere aere perennius incensissimae Nostrae in Dei Matrem pietatis.

Quapropter, postquam supplices etiam atque etiam ad Deum admovimus preces, ac Veritatis Spiritus lumen invocavimus, ad Omnipotentis Dei gloriam, qui peculiarem benevolentiam suam Mariae Virgini dilargitus est, ad sui Filii honorem, immortalis saeculorum Regis ac peccati mortisque victoris, ad eiusdem augustae Matris augendam gloriam et ad totius Ecclesiae gaudium exsultationemque, auctoritate Domini Nostri Iesu Christi, Beatorum Apostolorum Petri et Pauli ac Nostra pronuntiamus, declaramus et definimus divinitus revelatum dogma esse : Immaculatam Deiparam semper Virginem Mariam, expleto terrestris vitae cursu, fuisse corpore et anima ad caelestem gloriam assumptam.

Quamobrem, si quis, quod Deus avertat, id vel negare, vel in dubium vocare voluntarie ausus fuerit, quod a Nobis definitum est, noverit se a divina ac catholica fide prorsus defecisse.

Ut autem ad universalis Ecclesiae notitiam haec Nostra corporeae Mariae Virginis in Caelum Assumptionis definitio deducatur, has Apostolicas Nostras Litteras ad perpetuam rei memoriam exstare voluimus; mandantes ut harum transumptis, seu exemplis etiam impressis, manu alicuius notarii publici subscriptis, et sigillo personae in ecclesiastica dignitate constitutae munitis, eadem prorsus fides ab omnibus habeatur, quae ipsis praesentibus adhiberetur, si forent exhibitae vel ostensae.

Nulli ergo hominum liceat paginam hanc Nostrae declarationis, pronuntiationis ac definitionis infringere, vel ei ausu temerario adversari et contraire. Si quis autem hoc attentare praesumpserit, indignationem Omnipotentis Dei ac Beatorum Petri et Pauli Apostolorum eius se noverit incursurum.

Datum Romae, apud S. Petrum anno Iubilaei Maximi millesimo nongentesimo quinquagesimo, die prima mensis Novembris, in festo omnium Sanctorum, Pontificatus Nostri anno duo decimo.
Ego PIUS, Catholicae Ecclesiae Episcopus,
ita definiendo subscripsi

Ego FRANCISCUS Episcopus Ostiensis et Tusculanus Cardinalis MARCHETTI SELVAGGIANI, S. Collegii Decanus.
Ego EUGENIUS Episcopus Portuensis et S. Rufinae Cardinalis TISSERANT.
Ego CLEMENS Episcopus Veliternus Cardinalis MICARA.
Ego IOSEPH Episcopus Albanensis Cardinalis PIZZARDO.
Ego BENEDICTUS Episcopus Praenestinus Cardinalis ALOISI MASELLA.
Ego ADEODATUS IOANNES Episcopus Sabinensis et Mandelensis Cardinalis PIAZZA.
Ego ALEXIUS tituli S. Calisti Presbyter Cardinalis ASCALESI.
Ego MICHAEL tituli S. Anastasiae Presbyter Cardinalis de FAULHABER.
Ego IOANNES BAPTISTA tituli S. Mariae in Traspontina Presbyter Cardinalis NASALLI ROCCA.
Ego ALEXANDER tituli S. Mariae in Cosmedin Presbyter Cardinalis VERDE.
Ego IOSEPH ERNESTUS tituli S. Mariae de Ara Caeli Presbyter Cardinalis VAN ROEY.
Ego PETRUS tituli S. Mariae trans Tiberim Presbyter Cardinalis SEGURA Y SAENZ.
Ego ALFRIDUS ILDELFONSUS tituli S. Martini in Montibus Presbyter Cardinalis SCHUSTER.

Ego EMMANUEL tituli Ss. Marcellini et Petri Presbyter Cardinalis CONÇALVES CEREJEIRA.
Ego ACHILLES tituli S. Sixti Presbyter Cardinalis LIENART.
Ego PETRUS tituli S. Crucis in Hierusalem Presbyter Cardinalis FUMASONI BIONDI.
Ego FRIDERICUS tituli S. Mariae de Victoria Presbyter Cardinalis TEDESCHINI.
Ego ELIAS tituli S. Marci Presbyter Cardinalis DALLA COSTA.
Ego THEODORUS tituli S. Chrysogoni Presbyter Cardinalis INNITZER.
Ego IGNATIUS GABRIEL tituli Basilicae XII Apostolorum Presbyter Cardinalis TAPPOUNI.
Ego DOMINICUS tituli S. Apollinaris Presbyter Cardinalis JORIO.
Ego MAXIMUS tituli S. Mariae in Porticu Presbyter Cardinalis MASSIMI.
Ego PETRUS tituli SS. Trinitatis in Monte Pincio Presbyter Cardinalis GERLIER.
Ego GREGORIUS PETRUS XV tituli S. Bartholomaei in Insula Presbyter Cardinalis AGAGIANIAN.
Ego Iulius tituli S. Pudentianae Presbyter Cardinalis SALIÈGE.
Ego IACOBUS CAROLUS tituli S. Mariae de Populo Presbyter Cardinalis Mc GUIGAN.
Ego CLEMENS AEMILIUS tituli S. Balbinae Presbyter Cardinalis ROQUES.
Ego NORMANNUS THOMAS tituli Ss. Quatuor Coronatorum Presbyter Cardinalis GILROY.
Ego FRANCISCUS tituli Ss. Ioannis et Pauli Presbyter Cardinalis SPELLMAN.
Ego THEODOSIUS CLEMENS tituli S. Petri ad vincula Presbyter Cardinalis DE GOUVEIA.
Ego EMMANUEL tituli S. Laurentii in Lucina Presbyter Cardinalis ARTEAGA Y BETANCOURT.
Ego IOSEPH tituli S. Ioannis ante Portam Latinam Presbyter Cardinalis FRINGS.
Ego BERNARDUS tituli Ss. Andreae et Gregorii Presbyter Cardinalis GRIFFIN.
Ego CONRADUS tituli S. Agathae Presbyter Cardinalis VON PREYSING.
Ego THOMAS tituli S. Mariae in Via Presbyter Cardinalis TIEN CHEN SIN.
Ego NICOLAUS S. Nicolai in Carcere Tulliano Protodiaconus Cardinalis CANALI.
Ego IOANNES S. Georgii in Velo Aureo Diaconus Cardinalis MERCATI.
Ego IOSEPH S. Eustachii Diaconus Cardinalis BRUNO.
* * *

Sacrum Consistorium : Feria secunda, die XXX Octobris mensis a. MCML, in aula supra porticum Basilicae vaticanae, Consistorium Semipublicum habitum est de Assumptione corporea Beatissimae Virginis Mariae tamquam dogmate definienda.
In sollemni dogmatica definitione Beatae Mariae Virginis corporeae in caelum Assumptioni, die prima Novembris mensis, in festo Sanctorum omnium, anno sacro MCML, in petriano foro ante Basilicam Vaticanam habita:
Allocutio.
Oratio.

---

*Discorsi e Radiomessaggi di Sua Santità Pio XII, XII,
Dodicesimo anno di Pontificato, 2 marzo 1950 - 1° marzo 1951, pp. 475 - 492
Tipografia Poliglotta Vaticana
*A.A.S., vol. XXXXII (1950), n. 15, pp. 753 - 773.

ORIGINAL EN INGLES:



APOSTOLIC CONSTITUTION OF
POPE PIUS XII
MUNIFICENTISSIMUS DEUS
DEFINING THE DOGMA OF THE ASSUMPTION
November 1, 1950

1. The most bountiful God, who is almighty, the plan of whose providence rests upon wisdom and love, tempers, in the secret purpose of his own mind, the sorrows of peoples and of individual men by means

of joys that he interposes in their lives from time to time, in such a way that, under different conditions and in different ways, all things may work together unto good for those who love him.(1)

2. Now, just like the present age, our pontificate is weighed down by ever so many cares, anxieties, and troubles, by reason of very severe calamities that have taken place and by reason of the fact that many have strayed away from truth and virtue. Nevertheless, we are greatly consoled to see that, while the Catholic faith is being professed publicly and vigorously, piety toward the Virgin Mother of God is flourishing and daily growing more fervent, and that almost everywhere on earth it is showing indications of a better and holier life. Thus, while the Blessed Virgin is fulfilling in the most affectionate manner her maternal duties on behalf of those redeemed by the blood of Christ, the minds and the hearts of her children are being vigorously aroused to a more assiduous consideration of her prerogatives.

3. Actually God, who from all eternity regards Mary with a most favorable and unique affection, has "when the fullness of time came"(2) put the plan of his providence into effect in such a way that all the privileges and prerogatives he had granted to her in his sovereign generosity were to shine forth in her in a kind of perfect harmony. And, although the Church has always recognized this supreme generosity and the perfect harmony of graces and has daily studied them more and more throughout the course of the centuries, still it is in our own age that the privilege of the bodily Assumption into heaven of Mary, the Virgin Mother of God, has certainly shone forth more clearly.

4. That privilege has shone forth in new radiance since our predecessor of immortal memory, Pius IX, solemnly proclaimed the dogma of the loving Mother of God's Immaculate Conception. These two privileges are most closely bound to one another. Christ overcame sin and death by his own death, and one who through Baptism has been born again in a supernatural way has conquered sin and death through the same Christ. Yet, according to the general rule, God does not will to grant to the just the full effect of the victory over death until the end of time has come. And so it is that the bodies of even the just are corrupted after death, and only on the last day will they be joined, each to its own glorious soul.

5. Now God has willed that the Blessed Virgin Mary should be exempted from this general rule. She, by an entirely unique privilege, completely overcame sin by her Immaculate Conception, and as a result she was not subject to the law of remaining in the corruption of the grave, and she did not have to wait until the end of time for the redemption of her body.

6. Thus, when it was solemnly proclaimed that Mary, the Virgin Mother of God, was from the very beginning free from the taint of original sin, the minds of the faithful were filled with a stronger hope that the day might soon come when the dogma of the Virgin Mary's bodily Assumption into heaven would also be defined by the Church's supreme teaching authority.

7. Actually it was seen that not only individual Catholics, but also those who could speak for nations or ecclesiastical provinces, and even a considerable number of the Fathers of the Vatican Council, urgently petitioned the Apostolic See to this effect.

8. During the course of time such postulations and petitions did not decrease but rather grew continually in number and in urgency. In this cause there were pious crusades of prayer. Many outstanding theologians eagerly and zealously carried out investigations on this subject either privately or in public ecclesiastical institutions and in other schools where the sacred disciplines are taught. Marian Congresses, both national and international in scope, have been held in many parts of the Catholic world. These studies and investigations have brought out into even clearer light the fact that the dogma of the Virgin Mary's Assumption into heaven is contained in the deposit of Christian faith entrusted to the Church. They have resulted in many more petitions, begging and urging the Apostolic See that this truth be solemnly defined.

9. In this pious striving, the faithful have been associated in a wonderful way with their own holy bishops, who have sent petitions of this kind, truly remarkable in number, to this See of the Blessed Peter. Consequently, when we were elevated to the throne of the supreme pontificate, petitions of this sort had already been addressed by the thousands from every part of the world and from every class of people, from our beloved sons the Cardinals of the Sacred College, from our venerable brethren, archbishops and bishops, from dioceses and from parishes.

10. Consequently, while we sent up earnest prayers to God that he might grant to our mind the light of the Holy Spirit, to enable us to make a decision on this most serious subject, we issued special orders in which we commanded that, by corporate effort, more advanced inquiries into this matter should be begun and that, in the meantime, all the petitions about the Assumption of the Blessed Virgin Mary into heaven which had been sent to this Apostolic See from the time of Pius IX, our predecessor of happy memory, down to our own days should be gathered together and carefully evaluated.(3)

11. And, since we were dealing with a matter of such great moment and of such importance, we considered it opportune to ask all our venerable brethren in the episcopate directly and authoritatively that each of them should make known to us his mind in a formal statement. Hence, on May 1, 1946, we gave them our letter "Deiparae Virginis Mariae," a letter in which these words are contained: "Do you, venerable brethren, in your outstanding wisdom and prudence, judge that the bodily Assumption of the Blessed Virgin can be proposed and defined as a dogma of faith? Do you, with your clergy and people, desire it?"

12. But those whom "the Holy Spirit has placed as bishops to rule the Church of God"(4) gave an almost unanimous affirmative response to both these questions. This "outstanding agreement of the Catholic prelates and the faithful,"(5) affirming that the bodily Assumption of God's Mother into heaven can be defined as a dogma of faith, since it shows us the concordant teaching of the Church's ordinary doctrinal authority and the concordant faith of the Christian people which the same doctrinal authority sustains and directs, thus by itself and in an entirely certain and infallible way, manifests this privilege as a truth revealed by God and contained in that divine deposit which Christ has delivered to his Spouse to be guarded faithfully and to be taught infallibly.(6) Certainly this teaching authority of the Church, not by any merely human effort but under the protection of the Spirit of Truth,(7) and therefore absolutely without error, carries out the commission entrusted to it, that of preserving the revealed truths pure and entire throughout every age, in such a way that it presents them undefiled, adding nothing to them and taking nothing away from them. For, as the Vatican Council teaches, "the Holy Spirit was not promised to the successors of Peter in such a way that, by his revelation, they might

manifest new doctrine, but so that, by his assistance, they might guard as sacred and might faithfully propose the revelation delivered through the apostles, or the deposit of faith."(8) Thus, from the universal agreement of the Church's ordinary teaching authority we have a certain and firm proof, demonstrating that the Blessed Virgin Mary's bodily Assumption into heaven- which surely no faculty of the human mind could know by its own natural powers, as far as the heavenly glorification of the virginal body of the loving Mother of God is concerned-is a truth that has been revealed by God and consequently something that must be firmly and faithfully believed by all children of the Church. For, as the Vatican Council asserts, "all those things are to be believed by divine and Catholic faith which are contained in the written Word of God or in Tradition, and which are proposed by the Church, either in solemn judgment or in its ordinary and universal teaching office, as divinely revealed truths which must be believed."(9)

13. Various testimonies, indications and signs of this common belief of the Church are evident from remote times down through the course of the centuries; and this same belief becomes more clearly manifest from day to day.

14. Christ's faithful, through the teaching and the leadership of their pastors, have learned from the sacred books that the Virgin Mary, throughout the course of her earthly pilgrimage, led a life troubled by cares, hardships, and sorrows, and that, moreover, what the holy old man Simeon had foretold actually came to pass, that is, that a terribly sharp sword pierced her heart as she stood under the cross of her divine Son, our Redeemer. In the same way, it was not difficult for them to admit that the great Mother of God, like her only begotten Son, had actually passed from this life. But this in no way prevented them from believing and from professing openly that her sacred body had never been subject to the corruption of the tomb, and that the august tabernacle of the Divine Word had never been reduced to dust and ashes. Actually, enlightened by divine grace and moved by affection for her, God's Mother and our own dearest Mother, they have contemplated in an ever clearer light the wonderful harmony and order of those privileges which the most provident God has lavished upon this loving associate of our Redeemer, privileges which reach such an exalted plane that, except for her, nothing created by God other than the human nature of Jesus Christ has ever reached this level.

15. The innumerable temples which have been dedicated to the Virgin Mary assumed into heaven clearly attest this faith. So do those sacred images, exposed therein for the veneration of the faithful, which bring this unique triumph of the Blessed Virgin before the eyes of all men. Moreover, cities, dioceses, and individual regions have been placed under the special patronage and guardianship of the Virgin Mother of God assumed into heaven. In the same way, religious institutes, with the approval of the Church, have been founded and have taken their name from this privilege. Nor can we pass over in silence the fact that in the Rosary of Mary, the recitation of which this Apostolic See so urgently recommends, there is one mystery proposed for pious meditation which, as all know, deals with the Blessed Virgin's Assumption into heaven.

16. This belief of the sacred pastors and of Christ's faithful is universally manifested still more splendidly by the fact that, since ancient times, there have been both in the East and in the West solemn liturgical offices commemorating this privilege. The holy Fathers and Doctors of the Church have never failed to draw enlightenment from this fact since, as everyone knows, the sacred liturgy, "because it is the profession, subject to the supreme teaching authority within the Church, of heavenly truths, can supply proofs and testimonies of no small value for deciding a particular point of Christian doctrine."(10)

17. In the liturgical books which deal with the feast either of the dormition or of the Assumption of the Blessed Virgin there are expressions that agree in testifying that, when the Virgin Mother of God passed from this earthly exile to heaven, what happened to her sacred body was, by the decree of divine Providence, in keeping with the dignity of the Mother of the Word Incarnate, and with the other privileges she had been accorded. Thus, to cite an illustrious example, this is set forth in that sacramentary which Adrian I, our predecessor of immortal memory, sent to the Emperor Charlemagne. These words are found in this volume: "Venerable to us, O Lord, is the festivity of this day on which the holy Mother of God suffered temporal death, but still could not be kept down by the bonds of death, who has begotten your Son our Lord incarnate from herself."(11)

18. What is here indicated in that sobriety characteristic of the Roman liturgy is presented more clearly and completely in other ancient

liturgical books. To take one as an example, the Gallican sacramentary designates this privilege of Mary's as "an ineffable mystery all the more worthy of praise as the Virgin's Assumption is something unique among men." And, in the Byzantine liturgy, not only is the Virgin Mary's bodily Assumption connected time and time again with the dignity of the Mother of God, but also with the other privileges, and in particular with the virginal motherhood granted her by a singular decree of God's Providence. "God, the King of the universe, has granted you favors that surpass nature. As he kept you a virgin in childbirth, thus he has kept your body incorrupt in the tomb and has glorified it by his divine act of transferring it from the tomb."(12)

19. The fact that the Apostolic See, which has inherited the function entrusted to the Prince of the Apostles, the function of confirming the brethren in the faith,(13) has by its own authority, made the celebration of this feast ever more solemn, has certainly and effectively moved the attentive minds of the faithful to appreciate always more completely the magnitude of the mystery it commemorates. So it was that the Feast of the Assumption was elevated from the rank which it had occupied from the beginning among the other Marian feasts to be classed among the more solemn celebrations of the entire liturgical cycle. And, when our predecessor St. Sergius I prescribed what is known as the litany, or the stational procession, to be held on four Marian feasts, he specified together the Feasts of the Nativity, the Annunciation, the Purification, and the Dormition of the Virgin Mary.(14) Again, St. Leo IV saw to it that the feast, which was already being celebrated under the title of the Assumption of the Blessed Mother of God, should be observed in even a more solemn way when he ordered a vigil to be held on the day before it and prescribed prayers to be recited after it until the octave day. When this had been done, he decided to take part himself in the celebration, in the midst of a great multitude of the faithful.(15) Moreover, the fact that a holy fast had been ordered from ancient times for the day prior to the feast is made very evident by what our predecessor St. Nicholas I testifies in treating of the principal fasts which "the Holy Roman Church has observed for a long time, and still observes."(16)

20. However, since the liturgy of the Church does not engender the Catholic faith, but rather springs from it, in such a way that the practices of the sacred worship proceed from the faith as the fruit comes from the tree, it follows that the holy Fathers and the great Doctors, in the

homilies and sermons they gave the people on this feast day, did not draw their teaching from the feast itself as from a primary source, but rather they spoke of this doctrine as something already known and accepted by Christ's faithful. They presented it more clearly. They offered more profound explanations of its meaning and nature, bringing out into sharper light the fact that this feast shows, not only that the dead body of the Blessed Virgin Mary remained incorrupt, but that she gained a triumph out of death, her heavenly glorification after the example of her only begotten Son, Jesus Christ-truths that the liturgical books had frequently touched upon concisely and briefly.

21. Thus St. John Damascene, an outstanding herald of this traditional truth, spoke out with powerful eloquence when he compared the bodily Assumption of the loving Mother of God with her other prerogatives and privileges. "It was fitting that she, who had kept her virginity intact in childbirth, should keep her own body free from all corruption even after death. It was fitting that she, who had carried the Creator as a child at her breast, should dwell in the divine tabernacles. It was fitting that the spouse, whom the Father had taken to himself, should live in the divine mansions. It was fitting that she, who had seen her Son upon the cross and who had thereby received into her heart the sword of sorrow which she had escaped in the act of giving birth to him, should look upon him as he sits with the Father. It was fitting that God's Mother should possess what belongs to her Son, and that she should be honored by every creature as the Mother and as the handmaid of God."(17)

22. These words of St. John Damascene agree perfectly with what others have taught on this same subject. Statements no less clear and accurate are to be found in sermons delivered by Fathers of an earlier time or of the same period, particularly on the occasion of this feast. And so, to cite some other examples, St. Germanus of Constantinople considered the fact that the body of Mary, the virgin Mother of God, was incorrupt and had been taken up into heaven to be in keeping, not only with her divine motherhood, but also with the special holiness of her virginal body. "You are she who, as it is written, appears in beauty, and your virginal body is all holy, all chaste, entirely the dwelling place of God, so that it is henceforth completely exempt from dissolution into dust. Though still human, it is changed into the heavenly life of incorruptibility, truly living and glorious, undamaged and sharing in perfect life."(18) And another very ancient writer asserts: "As the most glorious Mother of Christ, our

Savior and God and the giver of life and immortality, has been endowed with life by him, she has received an eternal incorruptibility of the body together with him who has raised her up from the tomb and has taken her up to himself in a way known only to him."(19)

23. When this liturgical feast was being celebrated ever more widely and with ever increasing devotion and piety, the bishops of the Church and its preachers in continually greater numbers considered it their duty openly and clearly to explain the mystery that the feast commemorates, and to explain how it is intimately connected with the other revealed truths.

24. Among the scholastic theologians there have not been lacking those who, wishing to inquire more profoundly into divinely revealed truths and desirous of showing the harmony that exists between what is termed the theological demonstration and the Catholic faith, have always considered it worthy of note that this privilege of the Virgin Mary's Assumption is in wonderful accord with those divine truths given us in Holy Scripture.

25. When they go on to explain this point, they adduce various proofs to throw light on this privilege of Mary. As the first element of these demonstrations, they insist upon the fact that, out of filial love for his mother, Jesus Christ has willed that she be assumed into heaven. They base the strength of their proofs on the incomparable dignity of her divine motherhood and of all those prerogatives which follow from it. These include her exalted holiness, entirely surpassing the sanctity of all men and of the angels, the intimate union of Mary with her Son, and the affection of preeminent love which the Son has for his most worthy Mother.

26. Often there are theologians and preachers who, following in the footsteps of the holy Fathers,(20) have been rather free in their use of events and expressions taken from Sacred Scripture to explain their belief in the Assumption. Thus, to mention only a few of the texts rather frequently cited in this fashion, some have employed the words of the psalmist: "Arise, O Lord, into your resting place: you and the ark, which you have sanctified"(21); and have looked upon the Ark of the Covenant, built of incorruptible wood and placed in the Lord's temple, as a type of the most pure body of the Virgin Mary, preserved and exempt from all

the corruption of the tomb and raised up to such glory in heaven. Treating of this subject, they also describe her as the Queen entering triumphantly into the royal halls of heaven and sitting at the right hand of the divine Redeemer.(22) Likewise they mention the Spouse of the Canticles "that goes up by the desert, as a pillar of smoke of aromatical spices, of myrrh and frankincense" to be crowned.(23) These are proposed as depicting that heavenly Queen and heavenly Spouse who has been lifted up to the courts of heaven with the divine Bridegroom.

27. Moreover, the scholastic Doctors have recognized the Assumption of the Virgin Mother of God as something signified, not only in various figures of the Old Testament, but also in that woman clothed with the sun whom John the Apostle contemplated on the Island of Patmos.(24) Similarly they have given special attention to these words of the New Testament: "Hail, full of grace, the Lord is with you, blessed are you among women,"(25) since they saw, in the mystery of the Assumption, the fulfillment of that most perfect grace granted to the Blessed Virgin and the special blessing that countered the curse of Eve.

28. Thus, during the earliest period of scholastic theology, that most pious man, Amadeus, Bishop of Lausarme, held that the Virgin Mary's flesh had remained incorrupt-for it is wrong to believe that her body has seen corruption-because it was really united again to her soul and, together with it, crowned with great glory in the heavenly courts. "For she was full of grace and blessed among women. She alone merited to conceive the true God of true God, whom as a virgin, she brought forth, to whom as a virgin she gave milk, fondling him in her lap, and in all things she waited upon him with loving care."(26)

29. Among the holy writers who at that time employed statements and various images and analogies of Sacred Scripture to Illustrate and to confirm the doctrine of the Assumption, which was piously believed, the Evangelical Doctor, St. Anthony of Padua, holds a special place. On the feast day of the Assumption, while explaining the prophet's words: "I will glorify the place of my feet,"(27) he stated it as certain that the divine Redeemer had bedecked with supreme glory his most beloved Mother from whom he had received human flesh. He asserts that "you have here a clear statement that the Blessed Virgin has been assumed in her body, where was the place of the Lord's feet. Hence it is that the holy Psalmist writes: 'Arise, O Lord, into your resting place: you and the ark

which you have sanctified."' And he asserts that, just as Jesus Christ has risen from the death over which he triumphed and has ascended to the right hand of the Father, so likewise the ark of his sanctification "has risen up, since on this day the Virgin Mother has been taken up to her heavenly dwelling."(28)

30. When, during the Middle Ages, scholastic theology was especially flourishing, St. Albert the Great who, to establish this teaching, had gathered together many proofs from Sacred Scripture, from the statements of older writers, and finally from the liturgy and from what is known as theological reasoning, concluded in this way: "From these proofs and authorities and from many others, it is manifest that the most blessed Mother of God has been assumed above the choirs of angels. And this we believe in every way to be true."(29) And, in a sermon which he delivered on the sacred day of the Blessed Virgin Mary's annunciation, explained the words "Hail, full of grace"-words used by the angel who addressed her-the Universal Doctor, comparing the Blessed Virgin with Eve, stated clearly and incisively that she was exempted from the fourfold curse that had been laid upon Eve.(30)

31. Following the footsteps of his distinguished teacher, the Angelic Doctor, despite the fact that he never dealt directly with this question, nevertheless, whenever he touched upon it, always held together with the Catholic Church, that Mary's body had been assumed into heaven along with her soul.(31)

32. Along with many others, the Seraphic Doctor held the same views. He considered it as entirely certain that, as God had preserved the most holy Virgin Mary from the violation of her virginal purity and integrity in conceiving and in childbirth, he would never have permitted her body to have been resolved into dust and ashes.(32) Explaining these words of Sacred Scripture: "Who is this that comes up from the desert, flowing with delights, leaning upon her beloved?"(33) and applying them in a kind of accommodated sense to the Blessed Virgin, he reasons thus: "From this we can see that she is there bodily...her blessedness would not have been complete unless she were there as a person. The soul is not a person, but the soul, joined to the body, is a person. It is manifest that she is there in soul and in body. Otherwise she would not possess her complete beatitude.(34)

33. In the fifteenth century, during a later period of scholastic theology, St. Bernardine of Siena collected and diligently evaluated all that the medieval theologians had said and taught on this question. He was not content with setting down the principal considerations which these writers of an earlier day had already expressed, but he added others of his own. The likeness between God's Mother and her divine Son, in the way of the nobility and dignity of body and of soul - a likeness that forbids us to think of the heavenly Queen as being separated from the heavenly King - makes it entirely imperative that Mary "should be only where Christ is."(35) Moreover, it is reasonable and fitting that not only the soul and body of a man, but also the soul and body of a woman should have obtained heavenly glory. Finally, since the Church has never looked for the bodily relics of the Blessed Virgin nor proposed them for the veneration of the people, we have a proof on the order of a sensible experience.(36)

34. The above-mentioned teachings of the holy Fathers and of the Doctors have been in common use during more recent times. Gathering together the testimonies of the Christians of earlier days, St. Robert Bellarmine exclaimed: "And who, I ask, could believe that the ark of holiness, the dwelling place of the Word of God, the temple of the Holy Spirit, could be reduced to ruin? My soul is filled with horror at the thought that this virginal flesh which had begotten God, had brought him into the world, had nourished and carried him, could have been turned into ashes or given over to be food for worms."(37)

35. In like manner St. Francis de Sales, after asserting that it is wrong to doubt that Jesus Christ has himself observed, in the most perfect way, the divine commandment by which children are ordered to honor their parents, asks this question: "What son would not bring his mother back to life and would not bring her into paradise after her death if he could?"(38) And St. Alphonsus writes that "Jesus did not wish to have the body of Mary corrupted after death, since it would have redounded to his own dishonor to have her virginal flesh, from which he himself had assumed flesh, reduced to dust."(39)

36. Once the mystery which is commemorated in this feast had been placed in its proper light, there were not lacking teachers who, instead of dealing with the theological reasonings that show why it is fitting and right to believe the bodily Assumption of the Blessed Virgin Mary into

heaven, chose to focus their mind and attention on the faith of the Church itself, which is the Mystical Body of Christ without stain or wrinkle(40) and is called by the Apostle "the pillar and ground of truth."(41) Relying on this common faith, they considered the teaching opposed to the doctrine of our Lady's Assumption as temerarious, if not heretical. Thus, like not a few others, St. Peter Canisius, after he had declared that the very word "assumption" signifies the glorification, not only of the soul but also of the body, and that the Church has venerated and has solemnly celebrated this mystery of Mary's Assumption for many centuries, adds these words of warning: "This teaching has already been accepted for some centuries, it has been held as certain in the minds of the pious people, and it has been taught to the entire Church in such a way that those who deny that Mary's body has been assumed into heaven are not to be listened to patiently but are everywhere to be denounced as over-contentious or rash men, and as imbued with a spirit that is heretical rather than Catholic."(42)

37. At the same time the great Suarez was professing in the field of mariology the norm that "keeping in mind the standards of propriety, and when there is no contradiction or repugnance on the part of Scripture, the mysteries of grace which God has wrought in the Virgin must be measured, not by the ordinary laws, but by the divine omnipotence."(43) Supported by the common faith of the entire Church on the subject of the mystery of the Assumption, he could conclude that this mystery was to be believed with the same firmness of assent as that given to the Immaculate Conception of the Blessed Virgin. Thus he already held that such truths could be defined.

38. All these proofs and considerations of the holy Fathers and the theologians are based upon the Sacred Writings as their ultimate foundation. These set the loving Mother of God as it were before our very eyes as most intimately joined to her divine Son and as always sharing his lot. Consequently it seems impossible to think of her, the one who conceived Christ, brought him forth, nursed him with her milk, held him in her arms, and clasped him to her breast, as being apart from him in body, even though not in soul, after this earthly life. Since our Redeemer is the Son of Mary, he could not do otherwise, as the perfect observer of God's law, than to honor, not only his eternal Father, but also his most beloved Mother. And, since it was within his power to

grant her this great honor, to preserve her from the corruption of the tomb, we must believe that he really acted in this way.

39. We must remember especially that, since the second century, the Virgin Mary has been designated by the holy Fathers as the new Eve, who, although subject to the new Adam, is most intimately associated with him in that struggle against the infernal foe which, as foretold in the protoevangelium,(44) would finally result in that most complete victory over the sin and death which are always mentioned together in the writings of the Apostle of the Gentiles.(45) Consequently, just as the glorious resurrection of Christ was an essential part and the final sign of this victory, so that struggle which was common to the Blessed Virgin and her divine Son should be brought to a close by the glorification of her virginal body, for the same Apostle says: "When this mortal thing hath put on immortality, then shall come to pass the saying that is written: Death is swallowed up in victory."(46)

40. Hence the revered Mother of God, from all eternity joined in a hidden way with Jesus Christ in one and the same decree of predestination,(47) immaculate in her conception, a most perfect virgin in her divine motherhood, the noble associate of the divine Redeemer who has won a complete triumph over sin and its consequences, finally obtained, as the supreme culmination of her privileges, that she should be preserved free from the corruption of the tomb and that, like her own Son, having overcome death, she might be taken up body and soul to the glory of heaven where, as Queen, she sits in splendor at the right hand of her Son, the immortal King of the Ages.(48)

41. Since the universal Church, within which dwells the Spirit of Truth who infallibly directs it toward an ever more perfect knowledge of the revealed truths, has expressed its own belief many times over the course of the centuries, and since the bishops of the entire world are almost unanimously petitioning that the truth of the bodily Assumption of the Blessed Virgin Mary into heaven should be defined as a dogma of divine and Catholic faith--this truth which is based on the Sacred Writings, which is thoroughly rooted in the minds of the faithful, which has been approved in ecclesiastical worship from the most remote times, which is completely in harmony with the other revealed truths, and which has been expounded and explained magnificently in the work, the science, and the wisdom of the theologians - we believe that the moment

appointed in the plan of divine providence for the solemn proclamation of this outstanding privilege of the Virgin Mary has already arrived.

42. We, who have placed our pontificate under the special patronage of the most holy Virgin, to whom we have had recourse so often in times of grave trouble, we who have consecrated the entire human race to her Immaculate Heart in public ceremonies, and who have time and time again experienced her powerful protection, are confident that this solemn proclamation and definition of the Assumption will contribute in no small way to the advantage of human society, since it redounds to the glory of the Most Blessed Trinity, to which the Blessed Mother of God is bound by such singular bonds. It is to be hoped that all the faithful will be stirred up to a stronger piety toward their heavenly Mother, and that the souls of all those who glory in the Christian name may be moved by the desire of sharing in the unity of Jesus Christ's Mystical Body and of increasing their love for her who shows her motherly heart to all the members of this august body. And so we may hope that those who meditate upon the glorious example Mary offers us may be more and more convinced of the value of a human life entirely devoted to carrying out the heavenly Father's will and to bringing good to others. Thus, while the illusory teachings of materialism and the corruption of morals that follows from these teachings threaten to extinguish the light of virtue and to ruin the lives of men by exciting discord among them, in this magnificent way all may see clearly to what a lofty goal our bodies and souls are destined. Finally it is our hope that belief in Mary's bodily Assumption into heaven will make our belief in our own resurrection stronger and render it more effective.

43. We rejoice greatly that this solemn event falls, according to the design of God's providence, during this Holy Year, so that we are able, while the great Jubilee is being observed, to adorn the brow of God's Virgin Mother with this brilliant gem, and to leave a monument more enduring than bronze of our own most fervent love for the Mother of God.

44. For which reason, after we have poured forth prayers of supplication again and again to God, and have invoked the light of the Spirit of Truth, for the glory of Almighty God who has lavished his special affection upon the Virgin Mary, for the honor of her Son, the immortal King of the Ages and the Victor over sin and death, for the increase of the glory of that same august Mother, and for the joy and exultation of the entire Church;

by the authority of our Lord Jesus Christ, of the Blessed Apostles Peter and Paul, and by our own authority, we pronounce, declare, and define it to be a divinely revealed dogma: that the Immaculate Mother of God, the ever Virgin Mary, having completed the course of her earthly life, was assumed body and soul into heavenly glory.

45. Hence if anyone, which God forbid, should dare willfully to deny or to call into doubt that which we have defined, let him know that he has fallen away completely from the divine and Catholic Faith.

46. In order that this, our definition of the bodily Assumption of the Virgin Mary into heaven may be brought to the attention of the universal Church, we desire that this, our Apostolic Letter, should stand for perpetual remembrance, commanding that written copies of it, or even printed copies, signed by the hand of any public notary and bearing the seal of a person constituted in ecclesiastical dignity, should be accorded by all men the same reception they would give to this present letter, were it tendered or shown.

47. It is forbidden to any man to change this, our declaration, pronouncement, and definition or, by rash attempt, to oppose and counter it. If any man should presume to make such an attempt, let him know that he will incur the wrath of Almighty God and of the Blessed Apostles Peter and Paul.

48. Given at Rome, at St. Peter's, in the year of the great Jubilee, 1950, on the first day of the month of November, on the Feast of All Saints, in the twelfth year of our pontificate.
PIUS XII

END NOTES

1. Rom 8:28.
2. Gal 4:4.
3. Cf. Hentrich-Von Moos, Petitiones de Assumptione Corporea B. Virginis Mariae in Caelum Definienda ad S. Sedem Delatae, 2 volumes (Vatican Polyglot Press, 1942).
4. Acts 20:28.
5. The Bull Ineffabilis Deus, in the Acta Pii IX, pars 1, Vol. 1, p. 615.
6. The Vatican Council, Constitution Dei filius, c. 4.

7. Jn 14:26.
8. Vatican Council, Constitution Pastor Aeternus, c. 4.
9. Ibid., Dei Filius, c. 3.
10. The encyclical Mediator Dei (Acta Apostolicae Sedis, XXXIX, 541).
11. Sacramentarium Gregorianum.
12. Menaei Totius Anni.
13. Lk 22:32.
14. Liber Pontificalis.
15. Ibid.
16. Responsa Nicolai Papae I ad Consulta Bulgarorum.
17. St. John Damascene, Encomium in Dormitionem Dei Genetricis Semperque Virginis Mariae, Hom. II, n. 14; cf. also ibid, n. 3.
18. St. Germanus of Constantinople, In Sanctae Dei Genetricis Dormitionem, Sermo I.
19. The Encomium in Dormitionem Sanctissimae Dominae Nostrate Deiparae Semperque Virginis Mariae, attributed to St. Modestus of Jerusalem, n. 14.
20. Cf. St. John Damascene, op. cit., Hom. II, n. 11; and also the Encomium attributed to St. Modestus.
21. Ps 131:8.
22. Ps 44:10-14ff.
23. Song 3:6; cf. also 4:8; 6:9.
24. Rv 12:1ff.
25. Lk 1:28.
26. Amadeus of Lausanne, De Beatae Virginis Obitu, Assumptione in Caelum Exaltatione ad Filii Dexteram.
27. Is 61:13.
28. St. Anthony of Padua, Sermones Dominicales et in Solemnitatibus, In Assumptione S. Mariae Virginis Sermo.
29. St. Albert the Great, Mariale, q. 132.
30. St. Albert the Great, Sermones de Sanctis, Sermo XV in Annuntiatione B. Mariae; cf. also Mariale, q. 132.
31. St. Thomas Aquinas, Summa Theol., I, lla; q. 27, a. 1; q. 83, a. 5, ad 8; Expositio Salutationis Angelicae; In Symb. Apostolorum Expositio, a. S; In IV Sent., d. 12, q. 1, a. 3, sol. 3; d. 43, q. 1, a. 3, sol. 1, 2.
32. St. Bonaventure, De Nativitate B. Mariae Virginis, Sermo V.
33. Song 8:5.
34. St. Bonaventure, De Assumptione B. Mariae Virginis, Sermo 1.
35. St. Bernardine of Siena, In Assumptione B. Mariae Virginis, Sermo 11.
36. Ibid.

37. St. Robert Bellarmine, Conciones Habitae Lovanii, n. 40, De Assumption B. Mariae Virginis.
38. Oeuvres de St. Francois De Sales, sermon for the Feast of the Assumption.
39. St. Alphonsus Liguori, The Glories of Mary, Part 2, d. 1.
40. Eph 5:27.
41. I Tim 3:15.
42. St. Peter Canisius, De Maria Virgine.
43. Suarez, In Tertiam Partem D. Thomae, q. 27, a. 2, disp. 3, sec. 5, n. 31.
44. Gen 3:15.
45. Rom 5-6; I Cor. 15:21-26, 54-57.
46. I Cor 15:54.
47. The Bull Ineffabilis Deus, loc. cit., p. 599.
48. I Tim 1:17.

ORIGINAL TRADUCIDO AL PORTUGUÉS:



CONSTITUIÇÃO APOSTÓLICA DO PAPA PIO XII
MUNIFICENTISSIMUS DEUS
SOBRE A DEFINIÇÃO DO DOGMA DA ASSUNÇÃO
DE NOSSA SENHORA
EM CORPO E ALMA AO CÉU

Introdução

1. Deus munificentíssimo, que tudo pode, e cujos planos de providência são cheios de sabedoria e de amor, nos seus imperscrutáveis desígnios, entremeia na vida dos povos e dos indivíduos as dores com as alegrias, para que por diversos caminhos e de várias maneiras tudo coopere para o bem dos que o amam (cf. Rm 8,28).

2. O nosso pontificado, assim como os tempos atuais, tem sido assediado por inúmeros cuidados, preocupações e angústias, devido às grandes calamidades e por muitos que andam afastados da verdade e da

virtude. Mas é para nós de grande conforto ver como, à medida que a fé católica se manifesta publicamente cada vez mais ativa, aumenta também cada dia o amor e a devoção para com a Mãe de Deus, e quase por toda parte isso é estímulo e auspício de uma vida melhor e mais santa. E assim sucede que, por um lado, a santíssima Virgem desempenha amorosamente a sua missão de mãe para com os que foram remidos pelo sangue de Cristo, e por outro, as inteligências e os corações dos filhos são estimulados a uma mais profunda e diligente contemplação dos seus privilégios.

3. De fato, Deus, que desde toda a eternidade olhou para a virgem Maria com particular e pleníssima complacência, quando chegou a plenitude dos tempos (Gl 4,4) atuou o plano da sua providência de forma que refulgissem com perfeitíssima harmonia os privilégios e prerrogativas que lhe concedera com sua liberalidade. A Igreja sempre reconheceu esta grande liberalidade e a perfeita harmonia de graças, e durante o decurso dos séculos sempre procurou estudá-la melhor. Nestes nossos tempos refulgiu com luz mais clara o privilégio da assunção corpórea da Mãe de Deus.

4. Esse privilégio brilhou com novo fulgor quando o nosso predecessor de imortal memória, Pio IX, definiu solenemente o dogma da Imaculada Conceição. De fato esses dois dogmas estão estreitamente conexos entre si. Cristo com a própria morte venceu a morte e o pecado, e todo aquele que pelo batismo de novo é gerado, sobrenaturalmente, pela graça, vence também o pecado e a morte. Porém Deus, por lei ordinária, só concederá aos justos o pleno efeito desta vitória sobre a morte, quando chegar o fim dos tempos. Por esse motivo, os corpos dos justos corrompem-se depois da morte, e só no último dia se juntarão com a própria alma gloriosa.

5. Mas Deus quis excetuar dessa lei geral a bem-aventurada virgem Maria. Por um privilégio inteiramente singular ela venceu o pecado com a sua concepção imaculada; e por esse motivo não foi sujeita à lei de permanecer na corrupção do sepulcro, nem teve de esperar a redenção do corpo até ao fim dos tempos.

6. Quando se definiu solenemente que a virgem Maria, Mãe de Deus, foi imune desde a sua concepção de toda a mancha, logo os corações dos fiéis conceberam uma mais viva esperança de que em breve o supremo

magistério da Igreja definiria também o dogma da assunção corpórea da virgem Maria ao céu.
Petições para a definição dogmática

7. De fato, sucedeu que não só os simples fiéis, mas até aqueles que, em certo modo, personificam as nações ou as províncias eclesiásticas, e mesmo não poucos Padres do concílio Vaticano pediram instantemente à Sé Apostólica esta definição.

8. Com o decurso do tempo essas petições e votos não diminuíram, antes foram aumentando de dia para dia em número e insistência. Com esse fim fizeram-se cruzadas de orações; muitos e exímios teólogos intensificaram com ardor os seus estudos sobre este ponto, quer em privado, quer nas universidades eclesiásticas ou nas outras escolas de disciplinas sagradas; celebraram-se em muitas partes congressos marianos nacionais e internacionais. Todos esses estudos e investigações mostraram com maior realce que no depósito da fé cristã, confiado à Igreja, também se encontrava a assunção da virgem Maria ao céu. E de ordinário a conseqüência foi enviarem súplicas em que se pedia instantemente a definição solene desta verdade.
9. Acompanhavam os fiéis nessa piedosa insistência os seus sagrados pastores, os quais dirigiram a esta cadeira de S. Pedro semelhantes petições em número muito considerável. Quando fomos elevados ao sumo pontificado, já tinham sido apresentadas a esta Sé Apostólica muitos milhares dessas súplicas, vindas de todas as partes do mundo e de todas as classes de pessoas: dos nossos amados filhos cardeais do Sacro Colégio, dos nossos veneráveis irmãos arcebispos e bispos, das dioceses e das paróquias.

10. Por esse motivo, ao mesmo tempo que dirigíamos a Deus intensas súplicas, para que concedesse à nossa mente a luz do Espírito Santo para decidirmos tão importante causa, estabelecemos normas especiais em que determinamos que se procedesse com todo o cuidado a um estudo mais rigoroso da matéria, e se reunissem e examinassem todas as petições relativas à assunção da santíssima Virgem, enviadas à Sé Apostólica desde o tempo do nosso predecessor de feliz memória, Pio IX, até ao presente.[1]
Consulta ao episcopado

11. Mas como se tratava de assunto de tanta importância e transcendência, julgamos oportuno rogar direta e oficialmente a todos os nossos veneráveis irmãos no episcopado, que nos quisessem manifestar explicitamente a sua opinião. Para tal fim, no dia 1° de maio de 1946, dirigimos-lhes a carta encíclica "Deiparae Virginis Mariae" em que fazíamos esta pergunta: "Se vós, veneráveis irmãos, na vossa exímia sabedoria e prudência, julgais que a assunção corpórea da santíssima Virgem pode ser proposta e definida como dogma de fé, e se desejais que o seja, tanto vós como o vosso clero e fiéis".
Doutrina concorde do magistério da Igreja

12. E aqueles que "o Espírito Santo colocou como bispos para reger a Igreja de Deus" (At 20, 28) quase unanimemente deram resposta afirmativa a ambas as perguntas. Essa "singular concordância dos bispos e fiéis" [2] em julgar que a assunção corpórea ao céu da Mãe de Deus podia ser definida como dogma de fé, mostra-nos a doutrina concorde do magistério ordinário da Igreja, e a fé igualmente concorde do povo cristão — que aquele magistério sustenta e dirige — e por isso mesmo manifesta, de modo certo e imune de erro, que tal privilégio é verdade revelada por Deus e contida no depósito divino que Jesus Cristo confiou à sua esposa para o guardar fielmente e infalivelmente o declarar. [3] De fato, esse magistério da Igreja, não por estudo meramente humano, mas pela assistência do Espírito de verdade (cf. Jo 14,26), e portanto absolutamente sem nenhum erro, desempenha a missão que lhe foi confiada de conservar sempre puras e íntegras as verdades reveladas; e pelo mesmo motivo transmite-as sem contaminação e sem lhes ajuntar nem subtrair nada. "Pois — como ensina o concílio Vaticano — o Espírito Santo foi prometido aos sucessores de Pedro não para que, por sua revelação, expressem doutrinas novas, mas para que, com sua assistência, guardassem com cuidado e expusessem fielmente a revelação transmitida pelos apóstolos, ou seja o depósito da fé". [4] Por essa razão, do consenso universal do magistério da Igreja, deduz-se um argumento certo e seguro para demonstrar a assunção corpórea da bem-aventurada virgem Maria. Esse mistério, pelo que respeita à glorificação celestial do corpo da augusta Mãe de Deus, não podia ser conhecido por nenhuma faculdade da inteligência humana só com as forças naturais. É, portanto, verdade revelada por Deus, e por essa razão todos os filhos da Igreja têm obrigação de a crer firme e fielmente. Pois, como afirma o mesmo concílio Vaticano, "temos obrigação de crer com fé divina e católica, todas as coisas que se contêm na palavra de Deus

escrita ou transmitida oralmente, e que a Igreja, com solene definição ou com o seu magistério ordinário e universal, nos propõe para crer, como reveladas por Deus".[5]

Testemunhos da crença na assunção

13. Desde tempos remotíssimos, pelo decurso dos séculos, aparecem-nos testemunhos, indícios e vestígios desta fé comum da Igreja; fé que se manifesta cada vez mais claramente.

14. Os fiéis, guiados e instruídos pelos pastores, souberam por meio da Sagrada Escritura que a virgem Maria, durante a sua peregrinação terrestre, levou vida cheia de cuidados, angústias e sofrimentos; e que, segundo a profecia do santo velho Simeão, uma espada de dor lhe traspassou o coração, junto da cruz do seu divino Filho e nosso Redentor. E do mesmo modo, não tiveram dificuldade em admitir que, à semelhança do seu unigênito Filho, também a excelsa Mãe de Deus morreu. Mas essa persuasão não os impediu de crer expressa e firmemente que o seu sagrado corpo não sofreu a corrupção do sepulcro, nem foi reduzido à podridão e cinzas aquele tabernáculo do Verbo divino. Pelo contrário, os fiéis iluminados pela graça e abrasados de amor para com aquela que é Mãe de Deus e nossa Mãe dulcíssima, compreenderam cada vez com maior clareza a maravilhosa harmonia existente entre os privilégios concedidos por Deus àquela que o mesmo Deus quis associar ao nosso Redentor. Esses privilégios elevaram-na a uma altura tão grande, que não foi atingida por nenhum ser criado, excetuada somente a natureza humana de Cristo.

15. Patenteiam inequivocamente esta mesma fé os inumeráveis templos consagrados a Deus em honra da assunção de nossa Senhora, e as imagens neles expostas à veneração dos fiéis, que mostram aos olhos de todos este singular triunfo da santíssima Virgem. Muitas cidades, dioceses e regiões foram consagradas ao especial patrocínio e proteção da assunção da Mãe de Deus. Do mesmo modo, com aprovação da Igreja, fundaram-se Institutos religiosos com o nome deste privilégio. Nem se deve passar em silêncio que no rosário de nossa Senhora, cuja reza tanto recomenda esta Sé Apostólica, há um mistério proposto à nossa meditação, que, como todos sabem, é consagrado à assunção da santíssima Virgem ao céu.

Testemunho da liturgia

16. De modo ainda mais universal e esplendoroso se manifesta esta fé dos pastores e dos fiéis, com a festa litúrgica da assunção celebrada desde tempos antiquíssimos no Oriente e no Ocidente. Nunca os santos padres e doutores da Igreja deixaram de haurir luz nesta solenidade, pois, como todos sabem, a sagrada liturgia, "sendo também profissão das verdades católicas, e estando sujeita ao supremo magistério da Igreja, pode fornecer argumentos e testemunhos de não pequeno valor para determinar algum ponto da doutrina cristã".[6]

17. Nos livros litúrgicos em que aparece a festa da Dormição ou da Assunção de santa Maria, encontram-se expressões que de uma ou outra maneira concordam em referir que, quando a virgem Mãe de Deus passou deste exílio para o céu, por uma especial providência divina, sucedeu ao seu corpo algo de consentâneo com a dignidade de Mãe do Verbo encarnado e com os outros privilégios que lhe foram concedidos. É o que se afirma, para apresentarmos um exemplo elucidativo, no Sacramentário enviado pelo nosso predecessor de imortal memória Adriano I, ao imperador Carlos Magno. Nele se diz: "É digna de veneração, Senhor, a festividade deste dia, em que a santa Mãe de Deus sofreu a morte temporal; mas não poderia ficar presa com as algemas da morte aquela que gerou no seu seio o Verbo de Deus encarnado, vosso Filho, nosso Senhor".[7]

18. Aquilo que aqui se refere com a sobriedade de palavras costumeiras na Liturgia romana, exprime-se mais difusamente nos outros livros das antigas liturgias orientais e ocidentais. O Sacramentário Galicano, por exemplo, chama a esse privilégio de Maria, "inexplicável mistério, tanto mais digno de ser proclamado, quanto é único entre os homens, pela assunção da virgem". E na liturgia bizantina a assunção corporal da virgem Maria é relacionada diversas vezes não só com a dignidade de Mãe de Deus, mas também com os outros privilégios, especialmente com a sua maternidade virginal, decretada por um singular desígnio da Providência divina: "Deus, Rei do universo, concedeu-vos privilégios que superam a natureza; assim como no parto vos conservou a virgindade, assim no sepulcro vos preservou o corpo da corrupção e o conglorificou pela divina translação".[8]

A festa da Assunção

19. A Sé Apostólica, herdeira do múnus confiado ao Príncipe dos apóstolos de confirmar na fé os irmãos (cf. Lc 22,32), com sua

autoridade foi tornando cada vez mais solene esta celebração. Esse fato estimulou eficazmente os fiéis a irem-se apercebendo mais e mais da importância deste mistério. E assim, a festa da Assunção, que ao princípio tinha o mesmo grau de solenidade que as restantes festas marianas, foi elevada ao rito das festas mais solenes do ciclo litúrgico. O nosso predecessor S. Sérgio I, ao prescrever as ladainhas, ou a chamada procissão estacional, nas festas de nossa Senhora, enumera simultaneamente a Natividade, a Anunciação, a Purificação e a Dormição.[9] A festa já se celebrava com o nome de assunção da bem-aventurada Mãe de Deus, no tempo de S. Leão IV Esse papa procurou que se revestisse de maior esplendor, mandando ajuntar-lhe a vigília e a oitava. E o próprio pontífice quis participar nessas solenidades, acompanhado de imensa multidão. [10] Na vigília já de há muito se guardava o jejum, como se prova com evidência do que afirma o nosso predecessor S. Nicolau I, ao tratar dos principais jejuns "que... desde os tempos antigos observava e ainda observa a santa Igreja romana".[11]

20. A Liturgia da Igreja não cria a fé católica, mas supõe-na; e é dessa fé que brotam os ritos sagrados, como da árvore os frutos. Por isso os santos Padres e doutores nas homilias e sermões que nesse dia fizeram ao povo, não foram buscar essa doutrina à liturgia, como a fonte primária; mas falaram dela aos fiéis como de coisa sabida e admitida por todos. Declararam-na melhor, explicaram o seu significado e o fato com razões mais profundas, destacando e amplificando aquilo a que muitas vezes os livros litúrgicos apenas aludiam em poucas palavras, a saber, que com esta festa não se comemora somente a incorrupção do corpo morto da santíssima Virgem, mas principalmente o triunfo por ela alcançado sobre a morte e a sua celeste glorificação à semelhança do seu Filho unigênito, Jesus Cristo.
Testemunho dos santos Padres

21. S. João Damasceno, que entre todos se distingue como pregoeiro dessa tradição, ao comparar a assunção gloriosa da Mãe de Deus com as suas outras prerrogativas e privilégios, exclama com veemente eloqüência: "Convinha que aquela que no parto manteve ilibada virgindade conservasse o corpo incorrupto mesmo depois da morte. Convinha que aquela que trouxe no seio o Criador encarnado, habitasse entre os divinos tabernáculos. Convinha que morasse no tálamo celestial aquela que o Eterno Pai desposara. Convinha que aquela que viu o seu Filho na cruz, com o coração traspassado por uma espada de dor de que

tinha sido imune no parto, contemplasse assentada à direita do Pai. Convinha que a Mãe de Deus possuísse o que era do Filho, e que fosse venerada por todas as criaturas como Mãe e Serva do mesmo Deus".[12]

22. Condizem com essas palavras de s. João Damasceno as de muitos outros que afirmam a mesma doutrina. E não são menos expressivas, nem menos exatas, as palavras que se encontram nos sermões proferidos pelos santos Padres mais antigos ou da mesma época, ordinariamente por ocasião dessa festividade. Assim, para citar outro exemplo, s. Germano de Constantinopla julgava que a incorrupção do corpo da virgem Maria Mãe de Deus, e a sua assunção ao céu são corolários não só da sua maternidade divina, mas até da santidade singular daquele corpo virginal: "Vós, como está escrito, aparecestes 'em beleza'; o vosso corpo virginal é totalmente santo, totalmente casto, totalmente domicílio de Deus de forma que até por este motivo foi isento de desfazer-se em pó; foi, sim, transformado, enquanto era humano, para viver a vida altíssima da incorruptibilidade; mas agora está vivo, gloriosíssimo, incólume e participante da vida perfeita".[13] Outro escritor antiquíssimo assevera por sua vez: "A gloriosíssima Mãe de Cristo, Deus e Salvador nosso, dador da vida e da imortalidade, foi glorificada e revestida do corpo na eterna incorruptibilidade, por aquele mesmo que a ressuscitou do sepulcro e a chamou a si duma forma que só ele sabe".[14]

23. À medida que a festa litúrgica se foi espalhando, e celebrando mais devotamente, maior foi o número de bispos e oradores sagrados que julgaram de seu dever explicar com toda a clareza o mistério que se venerava nesta solenidade e mostrar como ela estava intimamente relacionada com as outras verdades reveladas.

Testemunho dos teólogos

24. Entre os teólogos escolásticos, não faltaram alguns, que, pretendendo penetrar mais profundamente nas verdades reveladas, e mostrar o acordo entre a chamada razão teológica e a fé católica, notaram a estreita conexão existente entre este privilégio da assunção da santíssima Virgem e as demais verdades contidas na Sagrada Escritura.

25. Partindo desse pressuposto, apresentam diversas razões para corroborar esse privilégio mariano. A razão primária e fundamental

diziam ser o amor filial de Cristo para o levar a querer a assunção de sua Mãe ao céu. E advertiam mais, que a força dos argumentos se baseava na incomparável dignidade da sua maternidade divina e em todas as graças que dela derivam: a santidade altíssima que excede a santidade de todos os homens e anjos, a íntima união de Maria com o seu Filho, e sobretudo o amor que o Filho consagrava a sua Mãe digníssima.

26. Muitas vezes os teólogos e oradores sagrados, seguindo os passos dos santos Padres,[15] para explicarem a sua fé na assunção, serviram-se com certa liberdade de fatos e textos da Sagrada Escritura. E assim, para mencionar só alguns mais empregados, houve quem citasse a este propósito as palavras do Salmista: "Erguei-vos, Senhor, para o vosso repouso, vós e a Arca de vossa santificação" (Sl 131, 8); e na Arca da Aliança, feita de madeira incorruptível e colocada no templo de Deus, viam como que uma imagem do corpo puríssimo da virgem Maria, preservado da corrupção do sepulcro, e elevado a tamanha glória no céu. Do mesmo modo, ao tratar desta matéria, descrevem a entrada triunfal da Rainha na corte celeste, e como se vai sentar a direita do divino Redentor (Sl 44,10.14-16); e recordam a propósito a esposa dos Cantares "que sobe pelo deserto, como uma coluna de mirra e de incenso" para ser coroada (Ct 3,6; cf. 4,8; 6,9). Ambas são propostas como imagens daquela Rainha e Esposa celestial, que sobe ao céu com o seu divino Esposo.

27. Os doutores escolásticos vislumbram igualmente a assunção da Mãe de Deus não só em várias figuras do Antigo Testamento, mas também naquela mulher, revestida de sol, que o apóstolo s. João contemplou na ilha de Patmos (Ap 12, l s.). Porém, entre os textos do Novo Testamento, consideraram e examinaram com particular cuidado aquelas palavras: "Ave, cheia de graça, o Senhor é convosco, bendita sois vós entre as mulheres" (Lc 1,28), pois viram no mistério da assunção o complemento daquela plenitude de graça, concedida à santíssima Virgem, e uma singular bênção contraposta à maldição de Eva.

Na teologia escolástica

28. Por esse motivo, nos primórdios da teologia escolástica, o piedosíssimo varão Amadeu, bispo de Lausana, afirmava que a carne da virgem Maria permaneceu incorrupta — nem se pode crer que o seu corpo padecesse a corrupção -, porque se uniu de novo à alma, e juntamente com ela penetrou na corte celestial. "Pois ela era cheia de

graça e bendita entre as mulheres (Lc 1,28). Só ela mereceu conceber o Deus verdadeiro do Deus verdadeiro, e sendo virgem deu-o à luz, amamentou-o, trouxe-o no regaço, e prestou-lhe todos os cuidados maternos".[16]

29. Entre os escritores sagrados que naquele tempo com vários textos, comparações e analogias tiradas das divinas Letras, ilustraram e confirmaram a doutrina da assunção em que piamente acreditavam, ocupa lugar primordial o doutor evangélico s. Antônio de Pádua. Na festa da Assunção, ao comentar aquelas palavras de Isaías: "glorificarei o lugar dos meus pés" (Is 60,13), afirmou com segurança que o divino Redentor glorificou de modo mais perfeito a sua Mãe amantíssima, da qual tomara carne humana. "Daqui, vê-se claramente", diz, "que o corpo da santíssima Virgem foi assunto ao céu, pois era o lugar dos pés do Senhor". Pelo que, escreve o Salmista: "Erguei-vos, Senhor, para o vosso repouso, vós e a Arca da vossa santificação". E assim como, acrescenta ainda, Jesus Cristo ressuscitou triunfante da morte e subiu para a direita do Pai, assim também "ressuscitou a Arca da sua santificação, quando neste dia a virgem Mãe foi assunta ao tálamo celestial".[17]

No período áureo

30. Quando, na Idade Média, a teologia escolástica atingiu o maior esplendor, s. Alberto Magno, para demonstrar essa verdade, apresenta vários argumentos fundados na Sagrada Escritura, na tradição, na liturgia e em razões teológicas, e conclui: "Por estas e outras muitas razões e autoridades, é evidente que a bem-aventurada Mãe de Deus foi assunta ao céu em corpo e alma sobre os coros dos anjos. E cremos que isto é absolutamente verdadeiro".[18] E num sermão pregado em dia da Anunciação de nossa Senhora, ao explicar aquelas palavras do anjo: "Ave, cheia de graça...", o doutor universal compara a santíssima Virgem com Eva, e afirma clara e terminantemente que Maria foi livre das quatro maldições que caíram sobre Eva.[19]

31. O Doutor Angélico, seguindo as pisadas do mestre, ainda que nunca trate expressamente do assunto, no entanto sempre que se oferece a ocasião fala dele, e com a Igreja católica afirma que o corpo de Maria juntamente com a alma foi levado ao céu.[20]

32. É da mesma opinião, entre outros muitos, o Doutor Seráfico, o qual tem como certo que, assim como Deus preservou Maria santíssima da violação do pudor e da integridade virginal ao conceber e dar à luz o seu

Filho, assim não permitiu que o seu corpo se desfizesse em podridão e cinzas.[21] Aplica a santíssima Virgem, em sentido acomodatício, aquelas palavras da Sagrada Escritura: "Quem é esta que sobe do deserto, cheia de gozo, e apoiada no seu amado?" (Ct 8,5), e raciocina desta forma: "Daqui pode concluir-se que ela está ali corporalmente (na glória celeste)... Porque... a sua felicidade não seria plena se ali não estivesse em pessoa; ora a pessoa não é só a alma, mas o composto; logo é claro que está ali segundo o composto, isto é, em corpo e alma; de outro modo não gozaria de felicidade plena".[22]

Na escolástica posterior

33. Na escolástica posterior, ou seja no século XV, são Bernardino de Sena, resumindo e ponderando cuidadosamente tudo quanto os teólogos medievais tinham escrito a esse propósito, não julgou suficiente referir as principais considerações que os antigos doutores tinham proposto, mas acrescentou outras novas. Por exemplo, a semelhança entre a divina Mãe e o divino Filho, no que respeita à perfeição e dignidade de alma e corpo — semelhança que nem sequer nos permite pensar que a Rainha celestial possa estar separada do Rei dos céus — exige absolutamente que Maria "só deva estar onde está Cristo".[23] Portanto, é muito conveniente e conforme à razão que tanto o corpo como a alma do homem e da mulher tenham alcançado já a glória no céu; e, finalmente, o fato de nunca a Igreja ter procurado as relíquias da santíssima Virgem, nem as ter exposto à veneração dos fiéis, constitui um argumento que é "como que uma experiência sensível" da assunção.[24]

Nos tempos modernos

34. Em tempos mais recentes, as razões dos santos Padres e doutores, acima aduzidas, foram usadas comumente. Seguindo o comum sentir dos cristãos, recebido dos tempos antigos s. Roberto Belarmino exclamava: "Quem há, pergunto, que possa pensar que a arca da santidade, o domicílio do Verbo, o templo do Espírito Santo tenha caído em ruínas? Horroriza-se o espírito só com pensar que aquela carne que gerou, deu a luz, alimentou e transportou a Deus, se tivesse convertido em cinza ou fosse alimento dos vermes".[25]

35. De igual forma s. Francisco de Sales afirma que não se pode duvidar que Jesus Cristo cumpriu do modo mais perfeito o divino mandamento que obriga os filhos a honrar os pais. E a seguir faz esta pergunta: "Que

filho haveria, que, se pudesse, não ressuscitava a sua mãe e não a levava para o céu?"[26] E s. Afonso escreve por sua vez: "Jesus não quis que o corpo de Maria se corrompesse depois da morte, pois redundaria em seu desdouro que se transformasse em podridão aquela carne virginal de que ele mesmo tomara a própria carne".[27]

36. Quando já tinha aparecido em toda a sua luz o mistério que se celebra nesta festa, não faltaram doutores que, em vez de tratar das razões teológicas pelas quais se demonstrasse a absoluta conveniência de crença na assunção corpórea da Virgem santíssima, voltaram o pensamento para a fé da Igreja, mística esposa de Cristo, sem mancha nem ruga (cf. Ef 5,27), que o Apóstolo chama "coluna e sustentáculo da verdade" (1Tm 3,15). E apoiados nesta fé comum pensaram que seria temerária, para não dizer herética, a opinião contrária. S. Pedro Canísio, como outros muitos, depois de declarar que o termo assunção se referia à glorificação não só da alma mas também do corpo, e que a Igreja há muitos séculos venerava e celebrava solenemente este mistério mariano, observa: "Esta opinião é admitida há vários séculos e tão impressa na alma dos fiéis, é tão recomendada pela Igreja, que quem negasse a assunção ao céu do corpo de Maria santíssima nem sequer seria ouvido com paciência, mas seria vaiado como pertinaz, ou mesmo temerário, e imbuído mais de espírito herético do que católico".[28]

37. Pela mesma época, o Doutor Exímio estabelecia esta regra para a mariologia: "Os mistérios da graça que Deus operou na virgem Maria não se devem medir pelas leis ordinárias, senão pela onipotência divina, suposta a conveniência do fato e a não contradição ou repugnância com as Escrituras".[29] E apoiado na fé de toda a Igreja, podia concluir que o mistério da assunção devia crer-se com a mesma firmeza que o da imaculada conceição, e já então julgava que ambas as verdades podiam ser definidas. Fundamento escriturístico

38. Todos esses argumentos e razões dos santos Padres e teólogos apóiam-se, em último fundamento, na Sagrada Escritura. Esta nos apresenta a Mãe de Deus extremamente unida ao seu Filho, e sempre participante da sua sorte. Pelo que parece quase que impossível contemplar aquela que concebeu, deu à luz, alimentou com o seu leite, a Cristo, e o teve nos braços e apertou contra o peito, estivesse agora, depois da vida terrestre, separada dele, se não quanto à alma, ao menos quanto ao corpo. O nosso Redentor é também filho de Maria; e como

observador perfeitíssimo da lei divina não podia deixar de honrar a sua Mãe amantíssima logo depois do Eterno Pai. E podendo ele adorná-la com tamanha honra, preservando-a da corrupção do sepulcro, deve crer-se que realmente o fez.

39. E convém sobretudo ter em vista que, já a partir do século II, os santos Padres apresentam a virgem Maria como nova Eva, sujeita sim, mas intimamente unida ao novo Adão na luta contra o inimigo infernal. E essa luta, como já se indicava no Protoevangelho, acabaria com a vitória completa sobre o pecado e sobre a morte, que sempre se encontram unidas nos escritos do apóstolo das gentes (cf. Rm 5; 6; l Cor 15,21-26; 54-57). Assim como a ressurreição gloriosa de Cristo constituiu parte essencial e último troféu desta vitória, assim também a vitória de Maria santíssima, comum com a do seu Filho, devia terminar pela glorificação do seu corpo virginal. Pois, como diz ainda o apóstolo, "quando... este corpo mortal se revestir da imortalidade, então se cumprirá o que está escrito: a morte foi absorvida na vitória" (1Cor 15,14).

40. Deste modo, a augustíssima Mãe de Deus, associada a Jesus Cristo de modo insondável desde toda a eternidade "com um único decreto" [30] de predestinação, imaculada na sua concepção, sempre virgem, na sua maternidade divina, generosa companheira do divino Redentor que obteve triunfo completo sobre o pecado e suas conseqüências, alcançou por fim, como suprema coroa dos seus privilégios, que fosse preservada da corrupção do sepulcro, e que, à semelhança do seu divino Filho, vencida a morte, fosse levada em corpo e alma ao céu, onde refulge como Rainha à direita do seu Filho, Rei imortal dos séculos (cf. 1Tm 1,17).
Oportunidade da definição

41. Considerando que a Igreja universal — que é assistida pelo Espírito de verdade, que a dirige infalivelmente para o conhecimento das verdades reveladas — no decurso dos séculos manifestou de tantas formas a sua fé; considerando que os bispos de todo o mundo quase unanimemente pedem que seja definida como dogma de fé divina e católica a verdade da assunção corpórea da santíssima Virgem ao céu; considerando que esta verdade se funda na Sagrada Escritura, está profundamente gravada na alma dos fiéis, e desde tempos antiquíssimos é comprovada pelo culto litúrgico, e concorda, inteiramente, com as outras verdades reveladas, e tem sido esplendidamente explicada e

declarada pelos estudos, sabedoria e prudência dos teólogos — julgamos chegado o momento estabelecido pela providência de Deus, para proclamarmos solenemente este privilégio insigne da virgem Maria.

42. Nós, que colocamos o nosso pontificado sob o especial patrocínio da santíssima Virgem, à qual recorremos em tantas circunstâncias tristes, nós, que consagramos publicamente todo o gênero humano ao seu imaculado Coração, e que experimentamos muitas vezes o seu poderoso patrocínio, confiamos firmemente que esta solene proclamação e definição será de grande proveito para a humanidade inteira, porque reverte em glória da Santíssima Trindade, a qual a virgem Mãe de Deus está ligada com laços muito especiais. É de esperar também que todos os fiéis cresçam em amor para com a Mãe celeste, e que os corações de todos os que se gloriam do nome de cristãos se movam a desejar a união com o corpo místico de Jesus Cristo, e que aumentem no amor para com aquela que tem amor de Mãe para com os membros do mesmo augusto corpo. E também é lícito esperar que, ao meditarem nos exemplos gloriosos de Maria, mais e mais se persuadam todos do valor da vida humana, se for consagrada ao cumprimento integral da vontade do Pai celeste e a procurar o bem do próximo. Enquanto o materialismo e a corrupção de costumes que dele se origina ameaçam subverter a luz da virtude, e destruir vidas humanas, suscitando guerras, é de esperar ainda que este luminoso e incomparável exemplo, posto diante dos olhos de todos, mostre com plena luz qual o fim a que se destinam a nossa alma e o nosso corpo. E, finalmente, esperamos que a fé na assunção corpórea de Maria ao céu torne mais firme e operativa a fé na nossa própria ressurreição.

43. E é para nós motivo de imenso regozijo que este fato, por providência de Deus, se realize neste Ano santo que está a decorrer, e que assim possamos, enquanto se celebra este jubileu maior, adornar com esta pedra preciosa a fronte da Virgem santíssima, e deixar um monumento, mais perene que o bronze, da nossa ardente devoção para com a Mãe de Deus.
Definição solene do dogma

44. "Pelo que, depois de termos dirigido a Deus repetidas súplicas, e de termos invocado a paz do Espírito de verdade, para glória de Deus onipotente que à virgem Maria concedeu a sua especial benevolência, para honra do seu Filho, Rei imortal dos séculos e triunfador do pecado

e da morte, para aumento da glória da sua augusta mãe, e para gozo e júbilo de toda a Igreja, com a autoridade de nosso Senhor Jesus Cristo, dos bem-aventurados apóstolos s. Pedro e s. Paulo e com a nossa, pronunciamos, declaramos e definimos ser dogma divinamente revelado que: a imaculada Mãe de Deus, a sempre virgem Maria, terminado o curso da vida terrestre, foi assunta em corpo e alma à glória celestial".

45. Pelo que, se alguém, o que Deus não permita, ousar, voluntariamente, negar ou pôr em dúvida esta nossa definição, saiba que naufraga na fé divina e católica.

46. Para que chegue ao conhecimento de toda a Igreja esta nossa definição da assunção corpórea da virgem Maria ao céu, queremos que se conservem esta carta para perpétua memória; mandamos também que, aos seus transuntos ou cópias, mesmo impressas, desde que sejam subscritas pela mão de algum notário público, e munidas com o selo de alguma pessoa constituída em dignidade eclesiástica, se lhes dê o mesmo crédito que à presente, se fosse apresentada e mostrada.

47. A ninguém, pois, seja lícito infringir esta nossa declaração, proclamação e definição, ou temerariamente opor-se-lhe e contrariá-la. Se alguém presumir intentá-lo, saiba que incorre na indignação de Deus onipotente e dos bem-aventurados apóstolos Pedro e Paulo.

Dado em Roma, junto de São Pedro, no ano do jubileu maior, de 1950, no dia 1 ° de novembro, festa de todos os santos, no ano XII do nosso pontificado.

Eu PIO, Bispo da Igreja Católica assim definindo, subscrevi.

Notas

[1] Petitiones de Assumptione corporea B. Virginis Mariae in caelum definienda ad S. Sedem delatae, 2 vol. Typis Polyglottis Vaticanis, 1942.
[2] Bula Ineffabilis Deus, Acta Pii IX, parte I, vol. 1, p. 615.
[3] Cf. Conc. Vat. I, Const. dogm. Dei Filius de fide catholica, cap. 4.
[4] Conc. Vat. I, Const. dogm. Pastor aeternus de Ecclesia Christi, cap. 4.
[5] Conc Vat. I, Const. dogm. Dei Filius de fede catholica. cap. 3.
[6] Carta Encíclica Mediator Dei, AAS 39(1947), p. 541.
[7] Sacramentário gregoriano.
[8] Menaei totius anni..
[9] Liber Pontificalis.
[10] Ibid.

[11] Responsa Nicolai Papae 1 ad Consulta Bulgarorum, 13 nov. 866.
[12] S. João Damasc., Encomium in Dormitionem Dei Genetricis semperque Virginis Mariae, hom. II, 14; cf. também ibid. n. 3).
[13] S. Germ. Const., In Sanctae Dei Genitricis Dormitionem, sermo 1.
[14] Encomium in Dormitionem Sanctissimae Dominae nostrae Deiparae semperque Virginis Mariae [atribuído a S. Modesto de Jerusalém] n. 14.
[15] Cf. S. João Damasc., Encomium in Dormitionem Dei Genetricis semperque Virginis Mariae, hom. II, 2, 11; Encomium in Dormitionem... [atribuído a S. Modesto de Jerusalém].
[16] Amadeu de Lausana, De Beatae Virginis obitu, Assumptione in Caelum, exaltatione ad Filii dexteram.
[17] S. Antônio de Pádua, Sermones dominicales et in solemnitatibus. In Assumptione S. Mariae Virginis Sermo.
[18] S. Alberto Magno, Mariale sive quaestiones super Evang. "Missus est", q. 132.
[19] Idem, Sermones de Sanctis, sermo XV: In Annuntiatione B. Mariae; cf. também Mariale, q.132.
[20] Cf. Summa Theol. III, q. 27, a. 1. c.; ibid. q. 83, a. 5 ad 8; Expositio salutationis angelicae; In symb. Apostolorum expositio, art. 5; in IV Sent. D. 12, q. l, art. 3, sol. 3; D. 43, q. l, art. 3, sol. I e 2.
[21] Cf. S. Boaventura, De Nativitate B. Mariae Virginis, sermo 5.
[22] S. Boaventura, De Assumptione B. Mariae Virginis, sermo 1.
[23] S. Bernardino de Sena, In Assumptione B. M. Virginis, sermo 2.
[24] Idem, l.c.
[25] S. Roberto Belarmino, Conciones habitae Lovanii, concio 40: De Assumptione B. Mariae Virginis.
[26] Oeuvres de S. François de Sales, Sermon autographe pour la fête de l'Assomption.
[27] S. Afonso Maria de Ligório, As glórias de Maria, parte II, disc. 1.
[28] S. Pedro Canísio, De Maria Virgine.
[29] E Suárez, In tertiam partem D. Thomae, q. 27, art. 2, disp. 3, sect. 5, n. 31.
[30] Bula Ineffabilis Deus, l.c, p. 599.